

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. Núm. mo. 10 céntimos. Atrás, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Alcalá la Real.—Allí van 7 pesetas para lo de los sellos. En cuanto lleguen los sobres especiales para remitir metálico, le enviare más. **Miguel Ruiz Matas.**

Figueras.—Le envío 5 pesetas para la primera emisión de sellos. **José Cabra Clapes.**

La unión republicana

He leído que se ha pactado ya y que en breve publicará un Manifiesto.

Bien venida sea, si responde a lo que la opinión espera y las necesidades del país exigen; si se han inspirado sus autores en altos móviles al pactarla y la han hecho práctica y fecunda.

Bien venida sea, si no se limita a copiar los procedimientos antiguos lanzando un programa ambiguo, nombrando una comisión que se encargue de organizar la unión eu Madrid y provincias, creando comités ó juntas que elijan con todos los requisitos del caciquismo unos representantes que se reúnan en una Asamblea donde se amañen los acuerdos, se pronuncien unos cuantos discursos muy bonitos, se nombre un Directorio, ó cosa así, tan perfectamente inútil como los que ha habido, y aquí paz y después la eterna.

Bien venida sea, si trae el propósito inquebrantable de romper con todo el pasado de rutinas ridículas, emulaciones sin objeto, recelos injustificados, temores sin causa, cobardías vergonzosas; y si cada uno de los individuos que estén al frente de ella viene dispuesto á sacrificar mucho y perder algo.

Porque de no ser esto; de continuar como hasta ahora diciendo «estamos unidos» y obrando cuál si estuviéramos disgregados; de preocuparse únicamente de acaparar cargos para no hacer nada ó impedir que los demás hagan algo; de no sentirse animados con savia nueva, poderosa, revolucionaria, en suma; de no ser así, que no publiquen documento, ni den programa; no lo necesitamos para que los monárquicos continúen riéndose de nosotros.

En fin, allá veremos.

¡BASTA DE MENDIGAR!

¡Siempre esperándolo, todo de los demás y nada de nosotros! Esto es lo que nos ha perdido á los republicanos.

Cuando el general Serrano, cuando López Domínguez, cuando Salamanca...

Hoy ponemos en turno á Cassola, mañana á Borrero, pasado á Weyler...

Ya lo remitimos todo á la muerte de Alfonso XII; ya á las enfermedades de Alfonso XIII...

La guerra de Melilla... ¡Oh! ¡Por aquí viene la República!... La insurrección de Cuba... ¡Ah! ¡Cuando el ejército vuelva vencedor ó vencido!... La de Filipinas... ¡Y ya está en puerta!... La guerra con los Estados Unidos... ¡No hay ya salvación para la monarquía!...

Al subir los liberales:—¡Ahora no conviene; cuando vengan los conservadores!... Al venir éstos: «¡Pero si no aprietan! ¡Oh, si apretaran!»...

Pronuncia Canalejas un discurso de tonos vivos en el Congreso, y ya lo sumamos con los nuestros otra vez. ¡Y qué decir de Romero Robledo! «Ese, ese es el que la va á traer», exclamamos cada vez que arremete contra el gobierno.

Y se mueren unos generales, y siguen fieles á la monarquía los demás; y fallece un rey; y el simulacro de Melilla acaba; y perdemos las Colonias; y ponemos á los pies de los Estados Unidos la honra de nuestro ejército; y los conservadores suben; y los Romanos y los Canalejas continúan tan monárquicos...

¡Y nosotros tan confiados, esperando un nuevo trastorno, una nueva disidencia de cualquier monárquico, para soñar con una República regalada por cualquiera!

Si á cada desengaño sufrido y á cada esperanza perdida, tendemos los ojos en derredor, nos fijamos en los hombres que en aquel momento perturban, y sin discutir quiénes son, por dónde van, ni lo que buscan, guardamos que ellos sean los que nos traigan la anhelada República.

Nada de concertarnos lealmente para pedir al propio esfuerzo lo que nadie ha de darnos; menos aún el hacer sacrificios para ponernos en condiciones de aprovechar las circunstancias favorables; tampoco el orga-

nizarnos de manera que podamos inspirar confianza á los que en un momento dado pudieran emprender cualquiera empresa decisiva...

Estas son las razones que impiden á muchos republicanos ver claro en el asunto de las Cámaras de Comercio, y por esto algunos los apoyan.

A muy poco que se fijaran, advertirían que esos señores no van por nuestro camino; que se asustan, más que los gobernantes aún, de una perturbación popular, como lo demostraron el día del cierre de tiendas; que sus soluciones son sencillamente paliativos ineficaces, porque la salvación del país no consiste en pagar cien millones de pesetas menos de contribución; que están desautorizados para culpar á los gobiernos que ellos contribuyeron á traer y luego apoyaron resueltamente; que mientras nosotros, más ó menos torpes, más ó menos incapaces, hemos protestado contra todo aquello que llevaba á España á la ruina y á la deshonra, ellos callaban prudentemente, librando á sus hijos por dinero de ir á la manigua; en fin, que no se han acordado de que caminábamos á pasos gigantes al abismo, hasta que se les ha dicho: «¡hay que pagar ahora los errores y las infamias de los gobiernos de la restauración!».

Piensen en todo esto los republicanos que los jalean, siguiendo la enervadora costumbre de tener siempre un mesías de tanda; y en lugar de perder el tiempo aguardando la redención por mano ajena, estudien y lleven á la práctica la mejor manera de llegar por nuestro propio esfuerzo á donde deseamos.

¿No hacemos esto? Pues á desaparecer como colectividad. Basta ya de mendigar de nadie lo que podemos y debemos ganar virilmente.

JOSE NAKENS

Idéntica marcha

Habla *El Diluvio* de Barcelona sobre los catalanistas:

«En tantísimo mitin y reunión celebrados por el catalanismo, y en los cientos, por no decir miles de discursos pronunciados y artículos que han visto la luz pública, en ninguno de ellos se ha visto la más ligera censura contra la clergalla, no obstante ser una de las mayores plagas que afligen á Cataluña y á las regiones todas de la Península. El catalanismo se ha desatado contra todo lo malo del poder central, menos el clericalismo. No ha respetado ejército, marina, judicatura, ministros, generales, empleados seculares altos y bajos: todos han pasado por la boca de sus oradores y por la pluma de sus escritores, y, sin embargo, los obispos, curas, jesuitas, frailes, monjas y demás sabandijas, nunca han sufrido el más pequeño alfilerazo. ¡A qué, obedece, pues, esta conducta? se pregunta el público.»

A lo que añade *La Publicidad*:

«En el clavo.

El catalanismo es clerical y reaccionario, y mal podrá, por tanto, combatir á la reacción y á los curas. Véase la mayoría que lo representa, véanse los nuevos elementos que va allegando.

Vamos creyendo que el catalanismo resultará á la postre un bien, porque contribuye á deslindar los campos.

A un lado los clericales; al otro los anticlericales.»

Enteramente conforme con ambos colegas: sólo he de añadir por mi parte:

La Unión Nacional sigue en esto la misma conducta que el catalanismo. Y, francamente, debe de ser muy grande el compromiso contraído por sus hombres, entre los cuales hay algunos listos, cuando callan en punto tan principal.

Unase esto á lo de haberse puesto bajo la salvaguardia de la *Pilarica*, y, vaya, que me escamo, pero mucho.

Pues cuando el gallo no canta algo tiene en la garganta.

VERDADES AMARGAS

Cinco lustros de predecir el desastre, y no nos daban derecho á los republicanos para esperar que el día en que el desastre llegara, confirmando nuestros tristes vaticinios, sería inmensa, incontestable nuestra autoridad ante el país y la opinión?

Un cuarto de siglo de campaña crítica, de protesta, de advertencia, de requerimiento y de censura, y no nos permitía suponer que, cuando los vicios censurados diesen sus amargos frutos, la nación entera había de poner su esperanza en los severos é implacables censores?

Veinticinco años de firmeza y consecuencia inquebrantables, á prueba de tentaciones, de amarguras, de engaños; veinticinco años de lucha incansante, no sólo lejos del poder, más aun, desheredados de la común legalidad, aquí donde los partidos gimen á los seis meses de oposición, al año amenazan y á los dos años se disuelven, y no debían hacernos presumir que en la hora en que la patria angustiada buscara para su regeneración hombres puros, po-

bres, íntegros, incorruptibles, sería á nosotros, republicanos, á quienes volviesen los ojos?

El desastre ha llegado, los funébreos vaticinios se han cumplido, la catástrofe ha excedido inmensamente á las previsiones del más negro pesimismo, los vicios por nosotros censurados, los errores por nosotros advertidos han producido sus naturales efectos; la sociedad española siente necesidad de regenerarse, y busca quién la regenere. ¿Se ha hecho incontrastable nuestra autoridad? ¿Se nos ha rendido la opinión? ¡Ha vuelto á nosotros sus ojos la patria angustiada! ¿Tiene España puesta en nosotros la esperanza? ¿Son nuestras soluciones, las soluciones de libertad, de justicia, de porvenir, de civilización, aquellas de que el país aguarda la gran palingenesia nacional con que todos sueñan?

Muy desafortunada, muy torpe ha debido de ser nuestra conducta para dar á la postre por resultado tamaña decepción. Cuanto más nuestras ideas son fecundas y salvadoras, tantos han sido los desastres que las han tornado, en el momento decisivo, en impotentes y estériles. La excelencia de nuestros principios es la mejor prueba del extravío de nuestras acciones.

No se da impunemente á la opinión el espectáculo que los republicanos la estamos dando desde hace veinte años. El país nos ha visto desde todo ese tiempo fieles, consecuentes, inquebrantables en la convicción, pero nos ha visto también divididos por querellas, rencores, rencillas, ambiciones, rivalidades, miserias; alistados en pequeños partidillos separados entre sí por distinciones bizantinas; cerrados los programas en un dogmatismo estrecho y mezquino; aferrados á los moldes de la política vieja, ceñidos á la discusión de un *tiquemiquis* constitucional, é incapaces de refrescar esos arcaísmos con ideas nuevas y fecundas; devotos como los que más del personalismo y propensos á la idolatría; empujados los unos en la superstición de una fórmula, desmedidos los otros en la transacción, olvidando el fin por los medios; aquí halagando al ejército, con intención demasiado transparente; allá haciendo equilibrios entre el pueblo y la burguesía, olvidados de que está escrito que no cabe servir á la vez á dos señores: tan pronto encerrados en un retraimiento estéril como tomando parte en una lucha legal cominera y sin horizontes; desprovistos por entero del sentido, del tacto político, que permite apreciar intuitivamente en cada punto las exigencias de la ocasión; jactanciosos en la amenaza y en el Parlamento sumisos; destituidos del don supremo de expresar y transmitir el entusiasmo; impotentes para realizar en nuestro propio cuerpo la selección moralizadora de que ha sido Silvela apóstol falso y descreído.

En eso, en destruirnos recíprocamente y agitarlos en el vacío, hemos empleado los republicanos un cuarto de siglo. El tiempo que tarda en formarse una generación la sido por nosotros destinado á tan funesta labor. ¡Qué de esfuerzos perdidos! ¡Qué de energías disipadas! ¡Qué de sacrificios estériles! ¡Qué de talento y qué de virtudes consumidos en pura pérdida! Consagradas á una labor cualquiera, la más modesta, la más ínfima, esas fuerzas desvanecidas habrían dado á estas horas resultados estimables. Nosotros hemos preferido emplearlas en dificultar hasta lo imposible el logro de nuestro ideal. El espíritu radical, expansivo, civilizador, único que puede salvar y redimir á España, acaso fracasase y se extinguía del todo por obra nuestra.

Y esta sí que es para nosotros responsabilidad tremenda. Podemos hoy reohazar toda imputación de culpa en las desgracias que afligen á la patria. Ninguna participación nos cabe en la gran tragedia cuyo terrible desenlace presenciaremos. Ni las guerras coloniales ni la guerra extranjera han sido labor de nuestras manos ni fruto de nuestros principios. Aplicadas á tiempo nuestras soluciones, hubieran evitado unas y otra. Pero si España caída no se levanta y postrada no se reocobra; si los hombres que al presente estado la trajeron acaban de consumir su ruina; si busca en vano su regeneración en dictadores de pastafiora y Césares de pacotilla; si, desesperando de sí misma llega á sepultarse acaso un día en el poder absoluto como en la tumba de su pasado, nadie sino los republicanos seremos los culpables de ese suicidio nacional. Su desesperación será el efecto de nuestra impotencia. Otros la habrán reducido á la aflicción; nosotros la abandonamos en ella. Otros la habrán hecho perder sus colonias, sus hijos, su pan; nosotros le arrebatamos la esperanza. Otros habrán arrojado á la patria en el pantano; nosotros ¡desgraciados! nos hemos amputado el brazo que había de salvarla.

ALFREDO CALDERÓN

Silencio justificado

El Obispo responsable, se titula un artículo que *La Bandera Regional* dedica á tratar del desfalco de cuatro millones, hecho al colegio de la Constancia de Plasencia.

¡Ah! Pues si el obispo ese, aunque carlista, tiene de cerca ó de lejos algo

que ver en el asunto, me explico perfectamente el silencio de la prensa madrileña de gran circulación.

Nueve ó diez años nos llevamos algunos periódicos hablando de los millones que había *bailado* el obispo Calvo y Valero á los pobres de Cabezon de la Sal, y ni una palabra dijo esa prensa.

Eso sí; cuando murió el obispo, se apresuró á ponerlo de virtuoso y celoso que no había por donde cogerle. Y no recuerdo si alguno apuntó la especie de que había muerto en hedor de santidad.

Y advierto esto á *La Bandera* y á *El Dardo* de Plasencia, para que no pierdan el tiempo en condenar el silencio de esa prensa. Trátase de cualquier infeliz, y ya sabríamos hasta el color de los calcetines que llevaba puestos el día en que se le ocurrió levantar fondos extralegalmente. ¡Pero de clericales!

Aún hay clases, estimados aunque inocentes colegas.

A lo que se atreven ya

Un concejal carlista de Pamplona propuso que desaparecieran los nombres de las calles *Héroes de Estella*, *Mártires de Cirauqui* y *Dos de Febrero* sustituyéndolos por los que antiguamente tenían, y se salió con la suya, habiendo votado con ellos el alcalde conservador.

¡Valiente bofetada al ejército español y á los liberales navarros!

«Porque liberales navarros eran, dice *El Porvenir*, los 50 voluntarios que en Cirauqui, á las órdenes del valeroso Tirso Lacalle hicieron frente á las hordas de facciosos que al mando de Dorregaray atacaron aquella villa. Treinta y siete de aquellos valientes voluntarios fueron asesinados después de rendidos, en la misma iglesia, por aquellos bandidos que se llamaban defensores de la religión; y en conmemoración de tan terrible hecatombe, á la antigua calle de San Antón se le dió el nombre de *Mártires de Cirauqui*; nombre que esos mismos facciosos que murieron en las trincheras y han resucitado en los municipios, borran hoy cobardemente aprovechándose de la posición que ocupan.

«Liberales navarros y soldados del regimiento de Málaga eran los que, bajo el mando del valiente coronel del ejército, también navarro, don Francisco Sanz, defendían la ciudad de Estella, defensa en la que se registran heroicos hechos como el llevado á cabo por Celestino Garamendi, que se encerró en la habitación que servía de polvorín, decidido á prender fuego á la pólvora en cuanto un carlista intentase el asalto; y heroismos como el de don Pancracia Ibarra de Cintora, navarra, esposa del capitán de voluntarios, que, desoyendo toda clase de ruegos, quiso correr la suerte de su marido y de sus compañeros de armas y no abandonó el fuerte. Para honrar la memoria de los que tan valientemente peleaban en defensa de la Libertad, se puso á la calle de Chapitea el nombre de *Héroes de Estella*, nombre que tanto molesta á los partidarios de esa vergüenza nacional que se llama carlismo.

«Ilustre hijo de Navarra era don Domingo Moriones y Murillo, el que al frente de su división libró á esta plaza del bloqueo que hacía cinco meses sufría, entrando en ella por la puerta de San Nicolás el dos de Febrero de 1875, motivo por el que, para conmemorar tan gloriosa fecha, se le puso ese nombre á la calle de Comedias.

«Pero ¿qué entienden de héroes y de mártires los que sólo han contado en sus filas con vividores explotadores, con fanáticos embrutecidos, y con bandidos y asesinos como Santa Cruz, Rosa Samaniego y Yergón?»

Nada de lo que han hecho me extraña; ni siquiera que un alcalde conservador haya ayudado á los carlistas; son lobos de la misma camada.

Y hasta estaba por decir que me alegro de que tales cosas ocurran, para ver si los liberales recuerdan por instinto de conservación dónde escondieron la vergüenza, y se deciden á desenterrarla.

Pues por esto á que ya se atreven, puede calcularse hasta dónde llegarían las hordas clericales si dominasen en absoluto. Puede que hasta se atrevieran á freírme en aceite, á pesar de haber dedicado toda mi vida á la moralización del clero.

No es un finiquitar apeteceble; mas ¡ay! por el camino que llevamos, triste cosa será, pero posible.

Una joven ha sido inducida por un tal Rubio, de oficio cura, para que abandone á su madre y se meta en el convento del paseo del Obelisco, ese donde se caen las monjas desde lo alto de una claraboya y se estrellan sin que la priora avise á la autoridad.

Siendo rica, como es ¡á quién le extrañará eso! Cristo despreció siempre las riquezas; mas los que viven de explotar su nombre se desviven tanto por contiarle, que sólo le buscan esposas entre las jóvenes de gran fortuna.

¿Qué diría él, si por el mundo volviera, y se encontrase con que era poseedor de

tantos millones aportados por las que se llaman sus esposas?

Y menos mal que no trataría de hacer valer sus derechos sobre esos capitales; pues de ocurrirle, lo crucificarían antes del tiempo marcado. ¡Buenos son sus representantes para consentir que nadie los tome cuentas!

Sablazos de primera

El día 18 de este mes llegaron hacia dos años á Manresa seis monjitas Salesas para fundar un monasterio, acomodándose provisionalmente en una casa muy mala.

Pasaron á poco á otro edificio que les cedió generosamente un tal Soler, diputado á Cortes.

Y el sábado último se instalaron en el nuevo y magnífico monasterio que han levantado en la *Era del Hugué*, entre el de las Hermanitas de los Pobres y el de los P. P. Capuchinos.

¿Que cuántos millares de honradas madres de familia se han muerto de hambre, sin que nadie haya tenido caridad de ellas, durante esos dos años? Muchos millares. ¿Pero quién repara en eso?

Vivan bien, explotando la imbecilidad humana, los que representan al que santificó la pobreza, y que revienten los pobres.

Mientras haya crimenes, habrá gentes que crean lavar los propios intereses en su favor á los que se dedican á quedarse con los bienes de la tierra á cambio de letras pagaderas en el cielo.

¿Y quién va á impedir que haya imbéciles ni evitar que haya criminales?

Están, pues, todos en carácter: los que construyen soberbios edificios á *sablazos*, y los que se dejan *sablacar*.

RESURRECCIÓN

Salir de las tinieblas del sepulcro á la luz del sol; haber estado muerto y vivir; sentir el aire que entra por los pulmones, la vida que difunde dulce calor por los miembros... ¡Qué placer tan suave, tan profundo, tan noble! ¿Quién lo ha gozado? Yo. Sí, yo, Gil Blas de Santallana, ha resucitado después de muerto y sepultado. Me envolvieron las tinieblas del sepulcro.

El infierno eterno por sólo un pensamiento pecaminoso. A cerrar las alas del pensamiento. El enojo de Dios omnipotente por una imagen menos pura que en la imaginación se represente. A agarrar la imaginación como el pobre pájaro caído en manos del muchacho travieso. Una mirada, es una puñalada en el corazón de Jesús. A cerrar los ojos y no abrirlos más que en la soledad. Los sentidos son los más atractivos agentes del demonio. A mortificar los sentidos: es decir, á morir. Pues á morir. Y me morí, y me enterraron, y entré en descomposición, y perdí la noción de la vida, de la luz, de las sensaciones, de los sentimientos, de todo.

Respiraba el aire del templo, mezcla metafísica del humo del incienso y las *demasías* de las devotas, y me parecía que respiraba.

Oía las conversaciones de los cerdos sagrados que me rodeaban, asistía á sus fiestas, no muy desemejantes de las de los igrotes, y me parecía que me divertía.

Llegaban á mi oído las voces de capones de los tipples eclesiásticos y los acordes desconcertados de las músicas de iglesia, y me hacía la ilusión de oír música.

Leía *El Siglo Futuro* con sus sandeces cotidianas y las declamaciones del Nocedal de Coria, y soñaba que tenía prensa.

Me engolfaba en las lecturas recreativas del P. Coloma, con sus indecencias sandías, y me hacían el efecto que pudieran haberme hecho Zola ó Balzac.

Contemplaba los panaderos franceses de escayola, que con el corazón en la mano me mostraban parroquias y conventos, y soñaba que adoraba imágenes divinas.

Sufría las traiciones, chismes y delaciones infames de los que me rodeaban, y tomaba aquello por amistad.

Desempeñaba un destino; mis compañeros acechaban la ocasión de perjudicarme con mis jefes siempre que podían, y yo seguía llamándoles compañeros.

¿Qué muerte tan horrible! ¡Qué putrefacción tan repugnante! ¡Qué sepulcro tan negro!

De repente la cortina se rompe; aparecen las luces como sucede en la iglesia el día de Sábado Santo; se oyen músicas alegres; á la muerte sucede la vida; á la tristeza la alegría; al sepulcro el placer; al silencio la música acordada; á la sepultura la resurrección.

Y me encuentro con que hay amistad en el mundo, amistad que da calor, que da fuerza, que da de comer en la desgracia, que se sacrifica; es decir, verdadera amistad, como se usa entre hombres y como no se conoce entre curas.

Me encuentro con entusiasmos por la defensa de ideas nobles que llevan al hombre á trabajar y gastar sus energías y su inteligencia y su vida, sin que venga enseguida

el arancel, el precio, el estipendio, como se usa en el clero, ó sea en la región de los muer...

Me encuentro con la dignidad humana que tiene deberes, pero también tiene derechos. Y desaparecen las antenas de los obispos, donde el chiquillo ó el esteta de turno escupen á la cara á todo el que no tiene influencia ó categoría eclesiástica; y desaparece el látigo brutal del capataz con capisayos, que no explica, que no razona, que no tiene indulgencia, sino que azota la cara y ensangrienta y levanta la piel y mata, causando espasmos y convulsiones de dolor, de rabia, de odio...

Me encuentro con las manifestaciones del saber, y leo á Zola, y á Maupassant, y á Castelar, y á Víctor Hugo, y á Nakens, respirando auras embalsamadas de civilización y de libertad.

Me encuentro con el arte, emanación divina seguramente, que hace presentir el cielo con sus ángeles y á Dios con sus bondades infinitas.

¡Por qué la Iglesia, que es rica, no llevara al templo las obras de los grandes pintores y el cura habrá de vivir entre mamarrachos! ¡Por qué no ha de gozarse con las inspiraciones de los grandes músicos y no contentarse con los berriedos ó rebuznos místicos de sochantres, canónigos y capones sagrados!

¡Oh, Wagner de mi vida; oh, Meyerbeer; oh, Mozart! ¡Qué mal me encontraba sin vosotros! ¡Qué felicidad volver á encontrarlos al resucitar!

¡Sorolla, Moreno Carbonero, Fillol, Jiménez, Domingo, Pradilla! ¡Qué deleite mirar vuestras obras después de doce años de esparpentos y bestialidades místicas!

¡Sarasate, Darclée, Marconi, orquesta del Real! ¡Qué embriaguez oír vuestras notas después de la muerte, después del piporro y de la antífona brutal y el salmo dormilón eructado tras la comida de vigilia!

¡Apretones de manos verdad! ¡Consideraciones sociales! ¡Afectos, lucha, sentimientos humanos, vida! ¡Bienvenidos seáis! ¡Yo os saludo al volver á gozaros después de mi resurrección!

¡Infelices los que aún tienen que permanecer en el sepulcro!

Los veo por la calle, y siento impulsos de llorar. Van amortajados. No visten como los demás hombres. Su traje es negro como la noche, como el odio, como la ignorancia, como el sepulcro...

¡Pobres infelices! Son muertos que andan, que abren la boca, que odian, que lloran, que sufren, que se arrastran ante el domador que les echa el pedazo de carne y el mendrugo de pan.

Son los que tienen que sonreír, aunque tengan años y talento y sangre en las venas, al chiquillo afeminado que está en la antea de la obispo.

Son los que no pueden leer obras de ciencia, no pueden oír música, no pueden ver cuadros, no pueden tener amigos, no pueden vestir de hombres, no pueden ir al teatro, no pueden tener ideas; han de ocultar como un crimen que aman á una mujer, que sienten el arte, que se entusiasman con la ciencia, que vibran con la novela ó que se extasían con la luz, el aire y la belleza.

Dejadlos pasar. Son muertos que huelen mal, que están fríos, que no se mueven, que no han de salir nunca del sepulcro; que no esperan ni aun la trompeta del juicio final.

Yo he resucitado. ¡Qué hermosa es la luz, qué sublime la amistad, qué divino el amor, qué bien sabe el vivir después de haber estado enterrado!

¡No hay nada que compararse pueda con la resurrección!

GIL BLAS DE SANTALLANA

Hermoso, hermoso artículo el anterior. Con seguridad que será leído por todos más de una vez.

¡Y pensar que á un hombre que piensa y escribe así lo han tenido entre sus garas los clericales, y que lo único que se les ocurrió fué invitarle á cometer una acción indigna! Brutos son de verdad.

De pocas cosas de las que he hecho estoy tan orgulloso como de haber contribuido á que se separe del clericalismo un hombre que vale tanto.

Buena campaña está haciendo ahora en Valencia contra el jesuitismo; tiene locos de cólera á todos los clericales, más que por nada, porque toma del Evangelio los terribles proyectiles que les dispara, lo mismo desde el periódico *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez, que en conferencias, que en mítins, que en el teatro; el jueves estrenarán en el Principal un drama suyo, que, sea cual fuere el éxito, dará ruido.

¡Bien por ese cura! Mientras muchos republicanos hacen la causa del clericalismo, él se viene á nuestro campo á combatirlos. El truco que resulta ganancioso para nosotros. Les damos basura de la mucha que nos sobra, y nos dan oro del poco que tienen.

¡Adelante, Sarmiento, adelante, y nueva felicitación por ese artículo! No puede expresarse mejor que usted lo ha hecho la emoción moral, viril y artística que experimentó el que pasa de las tinieblas del fanatismo á la luz de la verdad.

En uno de los Juzgados de instrucción de Jerez se ha dictado auto de prisión contra el ecónomo de San Juan, señor Pozo, si en el término de cinco días, hasta el 12 de Marzo, no prestaba la fianza

de 10.000 pesetas, para responder en la causa que se sigue por una virtuosa estafa. Alguien ha extrañado que todavía no le hubieran quitado las licencias de celebrar; á mí no me da igual. Desde que vi que un cura de Humanes condenado á presidio por pederasta, continuaba diciéndome su misa en la Cárcel Modelo, creo que el crimen no es incompatible con la celebración de aquel acto.

Devoción é infanticidio

Son las diez de la noche, ha caído una regular nevada y hace mucho frío.

Llaman con voz fuerte á la puerta del caserío *La Granja*, núm. 62, del barrio de Távira, en Durango.

Bajan los dueños, abren la puerta, y ven frente á ella un bulto; se acercan, y advierten que es un niño recién nacido y muy robusto.

Lo recogen, dan parte al juez municipal, quien llega, se fija en que el niño se hallaba decentemente vestido y adornado con el escapulario del Sagrado Corazón de Jesús y una medalla dorada de la Virgen de Aránzazu. También se le encontró un papel en el pecho que decía: «Nació á las cinco de la tarde y está sin bautizar.»

Este hecho prueba una vez más la compatibilidad perfecta de la devoción y la falta, la creencia y el infanticidio, la religión y la inmoralidad.

Colgándole á un niño un escapulario ¿qué importa arrojarlo en medio de la nieve?

Asusta el pensar qué sería de nosotros si la santa religión de nuestros mayores no influyese en nuestras acciones. Ni siquiera se darían casos tan hermosos como este.

LA USURA

El significado estricto de esta palabra sólo quiere decir *interés*; á éste se le da aquel nombre cuando la ganancia en el préstamo es excesiva, ó cuando el precio que se cobra por la cosa vendida es exagerado con relación á su coste.

Desde que por la libertad de contratación y de comercio el interés no tiene tasa legal, se aplica el calificativo denigrante de usureros á aquellos individuos que contratan ó comercian obteniendo mucha ganancia.

La conciencia sólo es la que regula hoy el interés. Al que se conforma con una utilidad moderada en las transacciones que realiza, se le llama hombre de conciencia recta. Al que no comercia sino obteniendo grandes beneficios, se le califica de hombre sin conciencia, de usurero.

Hasta ahora la opinión pública en general, los literatos puramente ecetistas y los que miran superficialmente las cosas, no han calificado de usureros más que á los individuos que se dedican á operaciones de préstamo, que son en las que previamente se estipula el interés, ó sea la ganancia que debe obtener el prestamista.

Sobre esto se ha dicho y se ha escrito mucho. Todos estamos cansados de oír clamar contra esa clase especial de usura, y de leer relatos espeluznantes, en que se pintan cuadros de desolación y de miseria ocasionados por los usureros.

La mujer compungida y llorosa que con una criatura escuálida en los brazos penetra en la casa de préstamos á empeñar el mantón, único abrigo que tienen para librarse en parte de los rigores de invierno, y el prestamista, detrás del mostrador, dándole vueltas á la prenda, mirándola y remirándola para regatear unos reales y obtener su ganancia á costa de la miseria, han sido tema de muchos artículos de periódicos y capítulos de libros.

También lo ha sido el padre de familia, empleado ó militar, que se vio en la precisión de pignorar su sueldo, tomando una cantidad por la que tiene que abonar un enorme interés.

Esto es cierto y es lamentable. No hay duda de que la miseria y la estrechez en que viven la mayor parte de las familias que no tienen más recursos que el producto exiguo del trabajo ó el sueldo mezquino de uno de sus individuos, generalmente el del padre, es lo que más contribuye al sostenimiento del negocio especialísimo que se llama préstamo usurario. Pero no se olvide que también los vicios, el desarrreglo, la mala conducta, el deseo de aparentar lo que no se es y el afán de lujo, arrojan gran contingente de individuos y de familias á las consecuencias que trae el entregarse en manos de la usura.

Hay que decir la verdad, y no es mi propósito desfigurarla con sofismas.

Por cada infeliz que empeña sus ropas por verdadera necesidad, suele haber dos ó tres que lo hacen para satisfacer caprichos. Es casi axiomático que los españoles acostumbramos á empeñar los colchones, la capa, el reloj ó cualquier otra prenda necesaria, para ir á los toros, á un baile ó á una romería. Al lado de cada padre de familia, víctima de la usura á causa de legítimas y perentorias necesidades, hay otros muchos á quienes llevó á tal extremo el apego al tapete verde, su devoción á Baco ó á Venus, ó todas estas causas reunidas, cuando no otras más graves y de peor índole.

De estas necesidades y vicios se alimenta la que generalmente se conoce por usura, aplicando el calificativo á los individuos dedicados á los préstamos.

Este mal puede remediarse mejorando la condición individual y facilitando los medios de existencia; pero no he de tratar hoy de

ello desde el punto de vista del interés, por lo que se refiere á la utilidad que deja á los que lo explotan, en comparación con otros.

El interés que en estos préstamos suele estipularse flutua entre el 12 al 60 por 100, según la seguridad de la garantía. Este interés se reduce bastante antes de convertirse en utilidad efectiva, por los gastos, contribuciones, insolvencias y otras pérdidas que lleva en sí el negocio. Estudiando este bien y á fondo, dejándose de prejuicios, podría establecerse como cálculo casi exacto, que el préstamo usurario, según de la clase que sea, deja al capital una utilidad máxima de 6 á 25 por 100 al año. Téngase en cuenta que no hablo de casos excepcionales, porque la comparación que voy á hacer no es tampoco excepcional.

Veamos ahora lo que ganan los que contratan y venden, á quienes nadie tiene por usureros en la acepción denigrante que se da á esta palabra.

Contratar es, poniendo un ejemplo de actualidad y que interesa al país, lo que con el Estado hacen las grandes empresas y compañías particulares.

Hemos convenido en que el interés ó la ganancia que debe cobrarse lo regula hoy la conciencia. No olvidemos esto.

El Banco de España, según su *Memoria* oficial del último año, ha obtenido en el mismo un beneficio de 82.000.000 de pesetas, lo que ha permitido repartir entre los accionistas un dividendo de 25 por 100 como utilidad líquida y libre de carga. Sus acciones se cotizan en Bolsa al 500 y pico por 100. ¿Qué casa de préstamos, ni qué usurero pueden jactarse de ganar otro tanto?

De la Compañía Transatlántica no he de hablar mucho. Todos recordamos la enorme suma de millones que ha exigido al Estado por la conducción de tropas á las Colonias y después por la repatriación cuando éstas se perdieron. ¿No es esta conducta igual á la del usurero, que impone mayor interés á medida que ve la necesidad y la urgencia en que se halla el desdichado que á él acude?

De la Arrendataria de Tabacos, baste decir que sus acciones se cotizan á más de 400 por 100, y que sus beneficios líquidos á repartir han sido poco menos que como los del Banco de España.

Y pasemos á los que venden. La Arrendataria de cerillas, aparte las *sisas* de los once mil millones de cerillas, de la utilidad extraordinaria y fuera de abono de los 5.000.000 de p. setas que esto produce y de otras cosas análogas, vende su género en esta forma:

La gruesa de cajas que le cuesta 1 peseta 30 céntimos, la vende á 6 pesetas 50 céntimos. ¡Más de un 400 por 100 de utilidad!

La gruesa que cuesta 3 pesetas, la vende á 13. ¡Casi el 300 por 100 de ganancia!

¿De qué clase será esa conciencia? ¡Sáquese luego á la vergüenza á los judíos avaros y prestamistas sin entrañas que realicen negocios como ese!

Del comercio al por menor, si fuera á decir todo lo que es del caso, no terminaría nunca. Un botón para muestra:

En todas las poblaciones hay bazares y establecimientos de bisutería, juguetes, quincalla y otros artículos que se venden con más de un mil por ciento de utilidad. Hay multitud de géneros de esa clase que en fábrica cuesta la gruesa de doce docenas á 10 pesetas, y se venden por lo menos á 50 céntimos la pieza. Echese la cuenta. Sacan 144 pesetas á lo que cuesta 10. ¡Ni el viejo *Araby*, gráficamente descrito por Paul Féval en *El Hijo del Diablo*, podía imaginar en sus sueños de sordidez, ambición y avaricia que pudiera sacarse al dinero tal interés!

Para no hacer este artículo más largo, hago punto.

Y baste lo apuntado para que pueda apreciarse la analogía que existe entre la forma de negociar de los llamados viles y despreciables usureros, y la de los que en la sociedad gozan de crédito y consideración como respetables negociantes y honrados miembros del comercio.

¡No les parece á ustedes que son lo mismo unos que otros, y si me apuran un poco peores los últimos que los primeros?

JOSÉ CINTORA

Los enfermos del hospital de Játiva son tratados horriblemente.

—¿Por quién?

—¡Vaya una pregunta, estando regido por Hermandades de la caridad!

—¿Y qué es lo que les hacen?

—Juzgue usted por lo siguiente: Como las *hortalizas* son el plato obligado en este tiempo santo, un enfermo del trancazo, próximo á ser alta, recayó en su dolencia, y al quejarse de la alimentación á una de las hermanas, un cachorro de cura le administró una *suculenta* bofetada.

Por este hilo puede sacarse el ovillo.

UN REGENERADOR

Un extendero de ultramarinos y fabricante de chocolates que había hecho en doce años un capital de cuatro millones, traspassando después la tienda á sus hijos, estaba una tarde que llovía mucho en el cierre de cristales del balcón del piso principal de la casa propia en que vivía, pensando desdonesadamente en los que le acusaban de haberse enriquecido en tan poco tiempo, merced á la adulteración de los géneros que expendió y á las mermas en el peso.

A la vez soñaba con ser elegido concejal en las próximas elecciones, para arreglar unos asuntos que tenía pendientes en el Municipio, y ver si conseguía de paso que le adjudicasen alguno de esos servicios que prestan los admi-

nistradores del pueblo por medio de un testaferro, y que tan pingües ganancias les dejan.

En esto siente ruido de voces y de pasos precipitados á la derecha; mira, y ve un chiquelo como de quince años que dobla la esquina y entra en su casa, y que á los cinco segundos llegan jadeantes tras de él dos guardias de orden público, y se parau perplejos por ignorar la dirección que había tomado.

Toda la sangre legal del extendero se subleva ante la idea de que el chico aquel pudiera haber robado algo, y trémulo de ira, sin poder contener su natural justiciero, grita á los guardias: «¡Aquí! ¡aquí ha entrado!»; y sale á la escalera á ayudarles á capturarlo.

Al abrir la puerta, ve al muchacho acurrucado y temblando en un escalón; se abalanza á él indignado y lo sujeta por el pescuezo, sin atender á sus súplicas ni á lo que le dice de que ha tomado en una carnicería un hueso como de un cuarterón para hacer un caldo á su madre enferma, que no ha comido en tres días.

Y al llegar los guardias, se lo entrega orgulosamente; porque «él, un hombre honrado que debe su fortuna al trabajo, no puede amparar á los granujas que se dedican al robo en cualquiera de sus diversos aspectos».

Y aquella tarde, saboreando una abundante y suculenta comida, después de haber referido tres veces el gran servicio que había prestado á la sociedad echando el guante á aquel ladronzuelo, encarga á sus hijos que no se olviden de mezclar el aceite de oliva con el de cacahuet, encabezar con alcohol amílico la última partida de vino que han comprado, y arreglar la balanza, que con el desgasto se ha ido ella sola poniendo poco á poco en lo justo.—J. N.

Un vecino de Toro se manifiesta indignadísimo porque, bajo pretexto de religión, se lleva á las muchachas del pueblo á la iglesia, se echa la llave y no se permite la entrada á ningún hombre, quedando en el secreto de aquellas tinieblas lo que ocurre entre las jóvenes y los tonsurados.

He aquí un caso en que, sin parecerme bien lo que los curas hacen, reconozco que hay alguien más digno de censura: los padres de esas niñas, los hermanos, y ¡ay! los novios, éstos sobre todo.

Propongo, pues, que en vez de *Toro*, se le cambie á esa población el nombre: tanta masedumbre merece un premio.

Estaría mal el nombre de *Buey*! No hago hincapié en que sea éste. Siempre que dé idea de un animal con pezuña, cualquiera acepto. El de *Borrego* inclusive. Siendo manso...

A los colegas militares

Cartas que han dirigido á *El Observador*, periódico CARLISTA de Cádiz, dos oficiales del Ejército español:

Jerez 14 Marzo 1900.

Señor director de *El Observador*.

Muy señor mío: Pocos días ha tuve la desgracia de presenciar como testigo un lance de honor. La tierna solicitud de mi cristiana madre, y los principios católicos que siempre he tenido la dicha de profesar, han contribuido sin duda á atraer sobre mí la gracia misericordiosa de Dios. Reconciliado con mi santa Madre la Iglesia en el tribunal de la penitencia, debo y quiero hacer pública la reprobación de esa debilidad que me atrajo su justo anatema; y, dando gracias á Dios por su infinita misericordia, espero confiadamente que este acto de justicia ni ha de tullir mi brazo ni acortar mi espada para cumplir mi noble deber de soldado cristiano, antes bien ha de robustecerme para ello con nuevo y verdadero vigor.

Mucho estimaría de su caballerosidad si sirviera insertar estas líneas en su católico diario, quedándole por ello muy agradecido el que con este motivo se ofrece suyo afectísimo s. s. q. b. s. m.

Fernando Primo de Rivera.

Jerez 14 Marzo 1900.

Señor director de *El Observador*.

Muy señor mío: Mi amigo y compañero don Fernando Primo de Rivera acaba de enseñarme la carta que á usted dirige y que hago mía en todo por encontrarme en el mismo caso. Como él, estimo éste un verdadero acto de justicia, y, por tanto, de verdadera honra propia; que no la hay mayor que cumplir con el deber, cueste lo que cueste, y en esto se cifra exclusivamente la disciplina militar de España; y para cumplirla siempre, como caballero cristiano, espero como mi buen amigo que ha de servirme este mismo acto, alcanzándome gracia del cielo con que responder siempre al ruego que llevaba grabado la famosa hoja.

«No me saques sin razón»

Ni me envaines sin honor.»

Ruego á usted, por último, se sirva insertar esta carta con la de mi amigo, quedando con este motivo muy suyo afmo. y agradecido s. s. q. b. s. m.

Fernando Ponce de León.

El Observador que enarbola esas dos cartas con un elogio terrible, les pone al pie estos párrafos:

«Los dos jóvenes oficiales con cuyas car-

tas se honra hoy *El Observador*, á sus compañeros de armas un alto que deben de seguir. ¡Orgullosas madres que tan cristianamente les enseñan la lección de la disciplina! ¡Orgullosa la del señor Primo de Rivera, que estrecharle entre sus brazos, desde el cielo donde le besa del señor Ponce de León.

No acortará la espada de esos jóvenes sumisión con que hoy se rinden á los datos de la Iglesia; que siempre la leyenda bazarra el acatamiento preceptos divinos. Y fuera menguado que quienes juran por la *cruc* espadas, pisotearan con sus actos el santo de Dios que recoge y guarda ramentos.

El ejército español debe gloriarse de tar con oficiales como los señores P. León y Primo de Rivera. Si la disciplina se cumpliera como esos jóvenes cumplida, otra fuera la suerte de tan ligada á la suerte del soldado, cuya bandera, paseada triunfante por el mundo, tenía por remate la cruz de to y por sostén el valor indomable raza, nutrida con los alientos santos de las católicas creencias.»

A todo eso pone *El Demócrata* de Jerez la siguiente coilección:

«Creemos, sinceramente, que estos les han errado la vocación.

La Iglesia, en puridad de doctrina, matiza toda clase de luchas, lo mismo vidual que colectivas, y si se sienten hacia la paz y mansedumbre, de abandonar el uniforme, que en cumplimiento de deberes profesionales, les puede gar algún día á matar á sus semejantes.

Además, como *El Observador* no es un católico, sino político y contrario al gimen monárquico vigente en España, tenemos que no debieron utilizarlo tribuna los oficiales de referencia, esas protestas de fe, limitándolas al terreno de la penitencia, bastan á los creyentes la Iglesia misma.

Otros muchos comentarios que ocurren los dejamos, para que libremente los formulen los lectores.»

Y yo me contento con rogar á los periodistas redactados en Madrid, que empuen opinión sobre este asunto. Su opinión sería en cuenta mayor que la que yo emitiré, y autoridades llamadas á intervenir en esto de los oficiales rehusen el duelo por razones de ciencia y se dirijan á periódicos carlistas, haciéndolos constar así.

SELLOS RELIGIOSOS

Attravesamos una época de positiva especulativo en que todo se materializa y convierte en objeto de explotación.

El mercantilismo más grosero lo invade todo y á todos nos tiene obsesionados y ra de nosotros. Se comercia con la dignidad del ideal político y se vende el poder de precios convencionales y variados...

En la actualidad no se piensa en cosa que en acumular riquezas y en participar de pingües beneficios, aunque ello sea preciso llegar á las más degradadas miserias y cometer las mayores monstruosidades de lesa humanidad.

Las fauces de los humanos están secas sólo apagarán su sed devoradora absorbiendo oro y más oro aunque sea mezclando groseramente con fangos de deshonra y me y detritus de apostasía sacrilega...

Esta sociedad grosera, religiosamente materialista, comida por la asquerosa ley del egoísmo inhumano que alaba al Ser supremo y sacrifica á los desheredados á sus necesidades y aniquila en infames alhajaciones y brutales esquilmos, en la representación fiel, exactísima del jesuitismo que la ha forjado á su imagen y semejanza. Así es que, si en todos los órdenes de la vida social es grande el egoísmo y la ambición que domina á los hombres, en ninguno resulta la impiedad más monstruosa, egoísta, rastrera y solapada que lo es en el orden eclesiástico.

Los buenos ministros clericales, explotadores afortunados de lo invisible, los maldichos dichosos de las cosas del cielo ingeniosos con el genio de vampiro, no se detienen ante nada, lo explotan todo en habilidades de limador, monetizan las plegarias y capitalizan las bendiciones...

Los clericales son aprovechadismos. Seculares, comercian con el que uace y con el que muere, como con el que se casa. Para ellos todo es monetizable. La adversidad, la fortuna, la alegría y el dolor, la risa y el llanto, el bien y el mal, en fin, tienen para los clericos la misma facultad prodigiosa de producirles pingües provechos y ganancias considerables.

Los frailes, convertidos en fabricantes de licores y chocolates, en impresores y escritores, en carceleros y pedagogos y en explotadores de manicomios, asilos y hospitales, no dejan en paz á ser viviente alguno; y lo mismo se contratan cual cómicos para predicar una novena á San Juan Nepomuceno, que se emplean—piadosamente, por supuesto—en hacer ruda compeñería á sus orijas hortícolas, bendiciéndoles los productos de todo género (los tienen para el cuerpo y para el alma) por ellos elaborados en sus santificadas y libres de toda tributación contributiva manufacturales monacales...

Cada artículo de consumo espiritual o corporal elaborado en los conventos, sale á la plaza con las etiquetas sagradas del cielo y bajo la salvaguardia de un tanto millagroso.

Sobre los flamantes paquetes del perfumado chocolate que fabrican los trapenses

campean, como reclamo anunciador, santos y cruces, tías, mitras y báculos. Sirviéndoles de atractiva vitola las cosas del cielo, no haya temor á que, en un minuto de hipocritas y beatos, naufragen las empresas fraileñas, ni se hundan en el proceloso mar de la libre concurrencia. Ellos triunfarán siempre.

Jamás los frailes se han visto en la necesidad de paralizar sus industrias por falta de *satidá*, porque cuando se vive en una sociedad de ignorantes y fanáticos, el triunfo, naturalmente, es de los clericales.

Los frailes tienen una clientela lucidísima que compra todo cuanto quieren venderle y lo paga al precio que se les antoja á sus reverencias...

Las placas del Corazón de Jesús producen y siguen produciendo bastante; pero los explotadores de la fraileña católica, que nunca se hartan de chupar, viendo que en Cataluña priva ahora eso de adquirir sellos, dijéronse para sus hábitos: *hagamos competencia á los sellos revisionistas y á los catalanistas*; y con tan piadoso fin, pusieron á la venta en Barcelona sus sellos religiosos toscamente grabados y de un gusto celestialmente detestable...

Como lo que buscan estos explotadores sacrilegos de placas y sellos religiosos, es sacar todo el jugo posible al negocio, no se han conformado con hacer una tirada más ó menos numerosa de sellos celestiales, sino que se proponen dedicar á cada mes del año un sello religioso especial, además, naturalmente, de uno que dedican particularmente al corazón de Jesús y en el que se lee: «Conmigo vencerás».

El sello religioso correspondiente al mes de Enero del año actual, está dedicado al niño Jesús, y el del mes de Febrero á la concepción de la Virgen. Y así, sucesivamente, irán explotando el negocio, poniendo en solfa la seriedad del catolicismo, percagiándose, en cambio, algunos cuarteles con que aumentar el numerario notorio...

Para esta gente sacrilega, impía, irreligiosa, raza de mercaderes sin conciencia que comercia con todo y que se nutre explotando la crasa ignorancia de los pueblos inferiores y la carne muerta de los cementerios, para los que rezan por dinero, para los sacerdotes profesionales con sueldos y tarifas de emolumentos, no existe, ni era posible que existiera cosa alguna digna de respeto. Ensalzan á Jesús, proclaman *divino*, convirtiéndolo en Dios, y sin respeto á la divinidad por ellos proclamada y venerada, hacen del divino maestro, del sublime crucificado, objeto de todo comercio infame y de toda especulación impía...

Explotar á Jesús vendiendo su effigie de redención toscamente grabada en placas inmorales y sellos grotescos, es un sacrilegio tan grande, supone una profanación tan inusitada como jamás se les hubo de ocurrir á los avariciosos sacerdotes de culto alguno...

Que sigan por ese camino, que no cejen en sus miserables profanaciones, y así llegaremos pronto, muy pronto, al final desenlace.

Los católicos profesionales trabajan sin saberlo por nuestra causa, y esto tendremos que agradecerles cuando llegue la hora de liquidar...

Donato Luben

El Banco de España crece en su crédito.

El digno Gobernador que lo rige quiere decirnos el porqué entregó al señor Juan Orea, Lectoral de la catedral de Cuenca, la cantidad de 809'10 céntimos en el mes de Abril del año 1892, cuyas pesetas corresponden á las escuelas públicas de la ciudad de Cuenca que fundó don Antonio Montalvo Alarcón, dejando por Patronos el cabildo de curas y no al cabildo catedral?

Ya sabremos entre quienes se repartieron esas pesetillas, porque en las escuelas hasta la fecha no ingresaron.

RIFFEÑOS CATÓLICOS

El vapor francés *Galatz*, de 1.200 toneladas, embarrancó hace algunos en la escolera del cabo de Gata, provincia de Almería, costa de la muy católica y muy romana nación española.

A cualquier vapor arrastrado por el temporal puede ocurrirle lo mismo que al *Galatz*, sin que esto aumente el interés dramático del naufragio; pero al *Galatz* sucedióle en las costas de la muy católica provincia de Almería, cuyos habitantes profesan especial devoción á la santísima Virgen del Mar, lo que no le hubiera sucedido al embarrancar en las costas de la Nueva Zemble, donde, como es sabido, ni los habitantes rezan rosarios, ni queman castillos de artificio en honor de los santos, ni celebran procesiones ni romerías, ni se emborrachan para mayor gloria de las santas, ni usan escapularios tamaños como moqueros de chiquillos. Bueno; pues en la noche del 13 de Marzo, el *Galatz* se vio sigilosamente rodeado por gran número de lanchas abarrotadas de hombres que, al atracar á los costados del vapor, lo asaltaron con el hacha de abordaje en la mano y el cuchillo entre los dientes. Aquella marca ascendente de hombres ansiosos de botín, saltó las bordas, inundó la cubierta, sorprendió al capitán Mr. Rolland, á 43 tripulantes y dos carabinieri que guardaban el buque; rompieron á hachazos las escotillas, destrozaron las puertas de las cámaras, robaron cuanto pudieron cargar en sus lanchas y á tierra con ello. Volvieron con intención de repetir la maniobra, pero la tripulación, repuesta del susto, y los dos carabineros, se defendieron á tiros logrando evitar el segundo abordaje.

Mr. Rolland echó chispas contra y dice que su compatriota Alejandro España, mas dijo una verdad morrocotuda Alejandro Duque el África empieza en los Pirineos al afirmar esta es una tierra de bárbaros beatirríncos; que beatos ladrones. Y lo peor de todo, beatos y de el *franchute* tiene razón.

En muchos poblados ó kábilas costa (en una de las cuales por ditas de esta habito) no se encuentra el maestro, por desgracia tropieza con el cura; no verá el viajero, pero se cuclias, pero si iglesias y ermitas; no viajero es los habitantes leer ni escribir, pero; no saben rezar y ahullar dando vivas al santo; pero saben asociarán para ningún fin útil, pero ganto; no se pertenecer á cofradías y dar dinero zero gústales para cristianos paganas; no saben quiero al cura es cristianismo, pero saben emborracharse en las romerías.

Los rifeños respetan á sus santos católicos de la costa española adoran ntones, los curas; brutos son aquellos, salvajes oran á sus aficionados á la piratería unos, se pirrajes éstos; desbalijar buques otros; fanáticos todo piran por víctimas de la superstición que explota todos, son religiosos de aqueunde y de allende proplotados, entre las masas para explotarlos mejor: propagan.

Un periódico carcatólico de Almería, santurrón y muy cuco, pide castigos para los mendos para los piratas del cabo de stigos, sin considerar que aquellos brutos son de los tos de la causa que el papeteleo neofeñis son. Yo pido escuelas láicas.

IGNACIO RODRIGUEZ ABARRINATE

Roquetas (Almería) Marzo 1900.

VENGA DE AHÍ

¿Era poco lo de dar solemnes conciertos en las iglesias de París á tanta la entrada?

Pues el clero de Tolosa va á amenizar los lunes que se pronuncian en el templo de San Exuperio, con demostraciones prácticas por medio de proyecciones luminosas, ya ensayadas en las cuasmas anteriores.

Nada, que á este paso van á convertir los templos en grandes salones de espectáculos de todas clases.

De lo cual me alegro infinito, porque esto prueba que la cosa anda mal y se apela á toda clase de reclamos para llamar al público.

Enfermedad de la piedra

EN LAS ORDENES RELIGIOSAS

El desarrollo tan grande y rápido, como silencioso, que va tomando en España, de pocos años á la fecha, el trabajo de edificaciones y reparaciones de innumerables conventos, oratorios, hospitales, asilos, colegios y muchos más establecimientos de las corporaciones religiosas de ambos sexos, que invaden, como langostas, á este desgraciado pueblo, es digno de ocupar la atención de los hombres pensadores, en relación con las enseñanzas de la historia y los postulados de la razón.

No es sólo un fenómeno histórico lo que en ese desarrollo debemos notar; hay también un aspecto psicológico muy interesante en ese hecho complejo, en el que invierten muchos millones de pesetas asociaciones de hombres y de mujeres, que hacen votos individuales y colectivos de pobreza y de continencia.

El fenómeno psicológico ha hecho decir, á amigos nuestros de otros países, pensamientos adecuados, publicándose observaciones muy atinadas, con las cuales estamos conformes, y cuya substancia es la siguiente:

Si nos fijamos en las órdenes y asociaciones femeninas, descubriremos un contraste muy curioso, ó irritante á la vez. Modestas mujeres y señoras de alta posición social, que hubiesen podido tener un estado feliz en el mundo, renuncian á todos los placeres de la vida, se consagran al servicio de un Dios, y de los desgraciados, atraviesan algunas veces una existencia ruda y penosa, no tienen derecho de propiedad ni sobre el crucifijo que pende de su cintura, y meditan continuamente sobre su divino esposo Jesús, el pobre por excelencia.

Pues estas piadosas mujeres, llenas de abnegación en ciertas circunstancias, entienden como cosa muy natural y ordenada la costumbre de despedir, ó de arrojar á la calle, á la miseria, al porvenir de hambre y deshonra, á pobres niñas que de diez ó veinte años, por ejemplo, han trabajado en las casas religiosas de refugio, porque cumplen edades no admisibles, ó porque falta dinero para seguir la obra humana. Es decir, que las beatas mujeres que guardan y acumulan bienes para edificar grandes y sólidos establecimientos y casas, colocadas entre las piedras inertes y las criaturas humanas, se deciden por las piedras... porque sienten la necesidad de pasar á la posteridad y sostener la institución y su grandeza material. ¡Qué contradicciones tan hondas y perjudiciales!

Los hechos de esa clase son muchos y nos revelan una enfermedad que se convertirá en cáncer para las órdenes religiosas, las cuales no son, en verdad, altruistas; trabajan por bienes anímicos supuestos y acaparan los bienes positivos en provecho propio, hacen infelices las abnegaciones, inutilizan cuantiosos recursos que, bien empleados, socorrerían muchas desgracias y abrirían obras de utilidad, y siguen entregadas al mal de la piedra. Órdenes é instituciones religiosas edifican mucho, y, por tal razón, no son edificantes.

Como quiera que el instinto de la propiedad es tan poderoso, y se halla tan profundamente arraigado en el sentimiento, que no se puede destruir, y en los religiosos se

vidual, como el más robusto fraile de la Santa Orden Tercera, con todas sus naturales y lógicas consecuencias.

LUCAS PUENTE

Después de leído el romance anterior, siento así como deseos de convertirme... en un enemigo mil veces mayor que hasta ahora, de esa gente que no perdona medio de sacar dinero á la humanidad imbecil, ya propinándole drogas para sanar el alma, ya hienjurjes para sanar el cuerpo, dejando á éste cada vez más lleno de pústulas y á aquélla de lamparones morales.

De convertirme en eso que he dicho, es de lo único que siento deseos.

Un caballero sospechó hace pocos días que su mujer se excedía un poquito en sus atenciones con otro caballero que no tenía sobre ella derechos legales.

Provisto de testigos sorprendióla, y tuvo el gusto de convencerse de que no se engañaba.

Cuestiones son estas que cada desgraciado arregla á su modo cuando le llega el turno; pero, francamente, opino que es una triste satisfacción la que se proporciona el que resuelve estas cuestiones con escándalo.

Ni revolver, ni juez; separación á la sordina, y que allá se las hayan los dos tórtolos.

Esto, sin contar con que en muchas ocasiones el único que sale ganando es el que aparece como perdiendo; el engañado.

CAZA DE ALMAS

Se encontraba enfermo de gravedad un vecino de Bilbao, llamado don Julián Ortega.

Enterados los jesuitas por una hija suya á quien tienen catequizada, de que el don Julián no comulgaba ni con ruedas de molino, destacaron al P. Guerequiz para que procurase capturar su alma.

El martes 20 de Febrero entró, sin pedir permiso á nadie, en el domicilio del enfermo, donde sólo había mujeres, acercóse á la cama, y comenzó la piadosa brega.

En aquel momento llegó del trabajo el hijo de la víctima, llamado Julián también, y al enterarse de lo que ocurría, entró en la alcoba, preguntó al jesuita quién lo había llamado y recibió esta respuesta:

—Déjeme usted en paz.

—Usted es quien debe dejar en paz á mi padre—dijo el mozo.

—Su padre se salvará confesándose—replicó el loyola.—¿Qué religión tiene usted?

—No tengo que darle á usted cuenta de eso.

Al oírlo, levantóse el jesuita, se acercó al joven con el puño cerrado, y en voz amenazante, exclamó:

—No saldré de esta casa sin haber confesado al enfermo.

Para evitar un conflicto, el hijo dispuso que avisasen á un guardia. El P. Guerequiz gritó insolentemente:

—Usted no puede mandarme retirar, no; para eso, está aquí su padre. Nada me importa que suba el guardia, ni que me lleven á presidio, ni morir... Y, entendiéndolo, usted. Además de llevar sotana, soy muy hombre, y tengo... (aquí una palabrota que se necesitaba ser neo para no reparar en estamparla).

A continuación y entre rugidos de cólera, añadió que el enfermo se moriría aquella noche, sin que fuera parte á hacerle callar la advertencia de que el enfermo, que estaba oyéndolo todo, era muy aprensivo, y podía aquella escena acelerar su muerte.

Afortunadamente, el joven no acabó de perder la calma, que era sin duda lo que buscaba el jesuita, y éste tuvo que retirarse sin confesar al padre ni recibir un puntapié del hijo.

Y yo pregunto: ¿Se cazan ya las almas á tenazón? ¿No podrán las personas honradas (las que no lo son se confiesan siempre) morirse tranquilas, sin el temor de que asalten su casa y profanen su lecho de agonía esos señores negros? ¿Será necesario inventar unos revolvers que se disparen con la mirada para que los agonizantes puedan defender su derecho á despedirse de esta cochina vida como mejor les acomode?

Piensen en esto los que no estén resignados á presenciar en su hora postrera disputas rabanescas como las que he relatado. Lo de menos aquí es lo del cielo, el infierno, el purgatorio, etc. Lo grave es que los moribundos presencien esas escenas incalificables, indignas hasta del país más salvaje del globo.

Las señoras principales de Bilbao han solicitado del gobernador que estirpe la blasfemia. ¿Por dónde andan esas señoras que oyen blasfemar, ó saben que se blasfema? A no ser que blasfemen los machos de su familia, ¡vive Dios que no lo entiendo!

¿SE REPETIRÁ?

—Sentémonos en esta piedra—me dijo el triunfan y atesoran... de impedimento para lograr la bienaventuranza que Jesucristo prometió á los pobres al mismo tiempo que decía que es más difícil que un rico entre en el reino de Dios que un camello por el ojo de una aguja.

Pero de estas máximas hacen tanto caso los católicos ricos como de las lluvias antaño.

Green, sin duda, tanto el Estado como los gentes que se llaman piadosas, que la situ

cómo la aprovechan los franciscanos sacando sus santos en procesión. Usted no distinguirá á unos ni otros. Es verdad que el convento está algo distante...

—Pero lo conozco palmo á palmo.

—¿Qué? ¡Ha sido usted lego, monaguillo, ó cualquier cosa en él?

—¡Quitate de ahí! Si no te conociera, creería que te burlabas de mí. ¿De dónde has sacado que tenga aficiones de motilón? ¡Yo amigo de los frailes! ¡Nunca! ¡Si tuviera aquellos bríos que el año 35! ¡Ves ese convento de San Buenaventura! Pues así Dios no me lo tome en cuenta como despaché á una dueña de esos pícaros.

—Pero tío *Sisas*, digo, señor Fernando. ¡Usted, que es de suyo bonachón y pacífico, permitirse tales excesos!

—¿Qué quieres, hijo, qué quieres! Hay pícaros que sacan de sus casillas al más honrado. ¿Tú no habías nacido por aquel año?

—No, señor; en buena hora lo diga.

—Pues bien; has de saber que los tales franciscanitos, á pesar de andar descalzos, se ponían las botas á costa de nosotros pecadores. ¡Fija la vista hacia adelante, vuélvela hacia atrás, dirígela á derecha é izquierda, y ¿qué ves?

—Huertas, prados, casas...

—Pues todo eso se habían apropiado los frailes de aquel tiempo, ya por el diezmo y las primicias que usufructuaban, ya por los testamentos arrancados á los moribundos, ya por las confesiones, ya por... ¡Con decirte que mi padre me recordaba una época en que fué preciso apuntalar las arcas del convento, está dicho que era suyo todo, absolutamente todo! Pero llegó un día en que supimos el buen trato que en Madrid y Barcelona se había dado á los frailes (ocho cuartos me costó el porte de la carta en que se me daban esas noticias), y aquel día... Tú recordarás eso.

—No, señor; ¿qué demonios he de recordar?

—Pues bien, aquel día asaltamos el convento. El que no tenía un fusil de chispa llevaba un palo; el que no una navaja, un puñal, un cuchillo de cocina, un... cualquier cosa. Yo me llevé las tijeras del oficio.

—Y, claro, los religiosos los esperarían á ustedes orando tranquilamente, ofreciendo á Dios sus vidas en holocausto... —Eso creeras tú, pero no fué así. El que más y el que menos corría que se las pelaba por aquellos claustros, unos se tiraban por las ventanas; otros, no sé si por afición, se refugiaban en la bodega. A un lego lo cogimos metido en la caja de los fuelles del órgano.

—No me negará usted que aquello fué una serie de asesinatos.

—Sí, pero que nos quiten lo bailado! ¡Es tan dulce, aunque sea criminal, desahogarse un poco con los que tanto tiempo lo han explotado á uno!... Para que veas hasta dónde llega el espíritu de venganza. El padre Lucas era acaso el único fraile bueno que había en el convento: quince días antes, el que hubiese osado tocarle irreverentemente al hábito, hubiese perecido á manos de la muchedumbre que le adoraba, ¡tal era la popularidad que tenía! Sin embargo, el día de la catástrofe, ni su respetabilidad, ni sus canas, ni el crucifijo que empuñaba en sus manos temblorosas le salvaron la vida. Yo le vi caer al pie del altar mayor, herido de mortal puñalada, vile después arrastrado por los mismos que tantas veces habían besado su mano. Es terrible, hijo mío, la ira popular.

En esto se llegó á nosotros un frailecillo de la novísima comunidad que hoy, merced á la restauración, ocupa el antiguo convento; pidiéndonos dineros para no sé qué novena, y, por supuesto no se le dimos. Cuando se alejó gruñendo, dijo el tío *Sisas*:

—Mal camino llevan estos frailes de nuevo cuño. La avaricia perdió á sus antecesores. ¡Los perderá también á éstos! ¡Quién sabe! Yo no lo he de ver. Tú acaso podrás verlo; y si, como presumo, se repite la cosa, acuérdate del tío *Sisas*, y... No te digo más.

J. G.

La verdadera igualdad

¡Es tu igual! ¡Si, tu igual! Lo repito: es tu igual. Ese pobre negro, haraposo, ignorante, alcoholizado, embrutecido, vicioso, criminal si se quiere, ya que ha sufrido dos ó tres condenas, es tu igual.

Se razonable, amigo mío. Si tú eres un igual á los demás, necesariamente los demás son tus iguales. Es esto una verdad matemática, puesto que no es posible que A iguale B, sin que B iguale A en justa equivalencia. El principio por cuya virtud pretendes que nadie esté encima de tu cabeza, te prohíbe someter á nadie bajo tus pies.

Debes reconocer, pues, que este negro es tan soberano legítimo, inviolable y sagrado como lo pretendes ser tú. ¡Guarda de negarte á ti mismo! Que, al fin y al cabo, y dicho sea en verdad, ni eres tú el más blanco, ni el más hermoso, ni el más rico, ni el más sabio, ni el más discreto, ni el más virtuoso de los hombres.

Si sumetes ese negro á la esclavitud autorizas al primer Antinós, al primer Rothschild, al primer Humbolt, al primer Voltaire ó al primer Sócrates que quisieran someterle á su vez...

Confiesa, como es seguro, que en la dignidad humana no existen grados, que ninguno de nosotros puede legítimamente poner el pie á la mano sobre otro.

—¿Cómo! ¿No habrá quien gobierne?..
¿Ni tampoco el más sabio ni el más bueno?

—Ni éstos. Quien fuere sabio, que nos aconseje; y quien bueno, que nos tienda la mano. Pero no les concedo de ninguna manera el derecho de obligarnos a pesar nuestro...

Todo hombre, bueno ó malo, cuerdo ó loco, tiene los más ilimitables derechos sobre la naturaleza entera, pero no tiene ninguno sobre otro hombre. Una violencia, una injuria es un verdadero atentado contra lo que hay más augusto en la tierra. Ni la mejor buena intención justifica tal atropello.

EDMUNDO ABOUT

PELOTA DEVUELTA

Mucho se trajo y se llevó en Madrid el nombre de Cádiz cuando aquello de las cartillas dadas á los estetas por aquel Ribot. Un periódico gaditano ha encontrado ahora ocasión de sacarse la espina con motivo de los premios dados en Madrid en el último carnaval, y la ha aprovechado. Los premios, como recordarán mis lectores, los concedió el jurado á *Una charra*, *Una amapola* y *Una maja*, es decir, á tres caballeros que lucían esos trajes.

El periódico se expresa así:

«¿Y aún hay quien duda de nuestra virilidad y de que nos regeneramos?»

En el Transvaal las mujeres piden alistarse en el ejército y aprenden el ejercicio. En Madrid se premia al hombre ataviado con galas femeniles, con polsón, con rizos, con esmoquin, con mantón de Manila, con colores... Y sin color... raja.

Conveníamos en que á ese periódico de Cádiz se le ha dado un pretexto hermoso para vengarse á sus paisanos de las bromas de mal gusto que hace años les dió la prensa madrileña.

Donde las dan las toman, y en todas partes cuecen habas, y nadie tire piedras al tejado del vecino teniendo de vidrio el suyo, etc. etc.

Y después de decir esto, á ir pensando en los premios que hayan de concederse el año próximo á los caballeros que lleven con más gracia los trajes de nodriza, ó niñera, ó joven desposada, que serán probablemente los que estarán más apropiados y llamarán más la atención. A menos que para entonces haya dado el país en masa la prueba de virilidad que tanta falta está haciendo.

Los ángeles patudos

En el hospicio de Jerez, como en todos los establecimientos donde dominan esas atropelladas, explotan la desgracia en provecho propio.

La huerta del establecimiento ha sido convertida por las industrias hermanas en ranchería que labran los asilados, y en el que hay todo lo necesario á una flaca de labor, incluso ganadería de todas las especies domésticas conocidas.

Tiene cada asilado señalada su ración de comida, (casi siempre pagada como de primera y presentada de quinta) ración que, por otra parte, está graduada en lo necesario, en lo imprescindible para la alimentación de una persona de la edad y condiciones que se suponen á los acogidos.

A esa ración tiene el albergado perfecto derecho, y nadie puede ni debe, bajo ningún pretexto, siquiera sea el de reglamentación, privarle de disfrutarla; y fué siempre práctica en el Hospicio, aún en las peores épocas de explotación, dejar á cada asilado sacar del comedor el pan que le sobra de las comidas, para que lo consumiera cuando sintiese hambre, costumbre fundada en que, además de ser la alimentación deficiente, es pretensión absurda la de someter á toque de campana las necesidades del estómago, que bien puede estar tranquilo á las nueve de la mañana y aguijonear despiadadamente á las diez y cuarto.

Pues bien; tal costumbre ha sido alterada por las buenas madres, que no permiten á los hospicianos sacar del comedor ni una migaja de pan, sin duda para que los mendrugos sobrantes vayan en espaldas á la ranchería-huerta, á engordar los cerdos y demás animales útiles para ellas.

Asimismo han introducido la saludable reforma de no variar la comida y basarla en los productos de la huerta; en el presente momento histórico, la coliflor, con mucha agua, es el plato de regalo.

En suma, que en el Hospicio de Jerez se come mal, se explota á los asilados, y... ¡Viva la religión! ¡Y sobre todo los tontos!

Estaba por fundar un Asilo, traerme unas Hermanitas á condición de que partiesen conmigo las ganancias, y no iba á ser gran vida la que yo me diera!

¿Que se morían de hambre los asilados? Aparte que de este modo dejarían de sufrir ¿para qué, sino para disculpar estos asesinatos legales, escribió Espronceda:

¿Que haya un cadáver más, qué importa al mundo?

¿Qué es lo moderno?

Lo moderno, el modernismo! Estas dos palabras llenan el mundo. Uno de los que pasan (contra su voluntad, sin duda) por pontífices del teatro modernista, Strindberg, compartidor con el famoso Ibsen de las bromas psicológicas del Norte, resulta ser el primero en reirse de todo lo moderno y de todo lo modernista. Strindberg se explica de esta manera original:

«Lo moderno en toda época corresponde con exactitud á la facultad de percepción de los contemporáneos.

En aquellos excelentes tiempos de diligencias y postillones, lo moderno eran las cartas que llegaban cada tres días, los periódicos que eran recibidos cada semana, las novelas de seis tomos, los dramas en cinco actos y treinta cuadros, los grandes retratos al óleo, que exigían un año de estudio al natural.

Para nosotros, contemporáneos del vapor

y la electricidad, lo moderno son el correo diario, el teléfono, el libro de doscientas páginas que se lee de un tirón, la lengua telefónica rápida, contundente, imperativa. Nada de pasados análisis; síntesis, mucha síntesis; esto es lo único que debemos ofrecer al lector.

En materia dramática, el acto nervioso é insinuante, que dure á lo más un cuarto de hora, sin personajes secundarios ni confidentes, ni racionistas...

Brevidad y bondad... Este es lema del verdadero modernista.

En pintura, la mejor es la que ejecutan en cinco minutos los hábiles artistas de café-concierto.

El periodismo ha inventado el artículo de 100 líneas, verdadera moneda de joyería... Una observación de la vida corriente, una anécdota, un adarme de filosofía, una sensación poética, una palabra que vibra, un relámpago que deslumbra... No es necesario más.

Las cartas de tres plieguecillos se han acumulado; al empleo del teléfono corresponden la tarjeta postal y el despacho telegráfico. Este, sobre todo, es el ideal.

El nombre escrito arriba; el nombre sólo y de una vez; nada de títulos ni tratamientos; después, el hecho escueto, sin frases ni adjetivos. A una pregunta sigue la respuesta, y no hay que poner ni su afectuoso ni su seguro servidor, fórmulas cuyo sentido de sinceridad difícilmente se penetra.

El teatro, como espectáculo, en *Folies Bergères* y *gère*; nada como él se aviene á nuestros gustos, la tos. El *couplet* hace oficio semejante al que desempeña la crónica relampagueante en el periodismo.

Otro síntoma: la bicicleta, caballo del pobre, sin cuadra ni escudero. He aquí el verdadero tren de la *individualidad moderna* con toda la rapidez deseable sin la atmósfera viciada del vagón ni las proximidades desagradables del público.

En plazo breve la bicicleta se transformará en máquina aérea. El globo es un trampantojo colectivista; es la repetición del tren con estaciones, conductores, billetes é itinerarios... La bicicleta aérea será la independencia, una especie de *Teatro libre* en pleno aire.

Se quiere la demostración de cómo es posible llegar á aplicaciones semejantes de la velocidad? Enunciaré el teorema. Todo cuerpo en movimiento progresivo pierde de su peso; ejemplo: la bala de cañón, el caballo de carrera, el bicicleta...

Construid un báculo de bambú ó de acero; dotadle de un trapecio capaz de soportar dos enormes alas de seda replegadas en los comienzos del *record*, pero sueltas en toda su esplendor al llegar al máximo de velocidad; poned en comunicación la rueda con dos bielas que hagan mover sus alas... Y después, ¡ah! después no hay que olvidar que todo es asunto de enseñanza y paciencia. Se aprenderá á volar como se ha aprendido á nadar.

Ahora señalaremos los objetivos secundarios del modernismo.

Conviene abreviar la dirección de la infancia, ya que la vida es hoy rápida y hay que vivirla á prisa.

La muerte suele aparecer á los cincuenta años, lo cual es una ventaja. ¿Para qué andar por este bajo mundo como un asno doliente? Vivamos á todo vapor y desaparezcamos á tiempo.

En punto á enseñanza, deben bastar á la infancia y á la juventud la escuela primitiva y el bachillerato enciclopédico. Eduquemos á los niños como si fueran hombres, y no como niños condenados á infancia perpetua.

Derribemos los ministerios lo más pronto posible, á fin de que todos los ciudadanos queden satisfechos. El descontento general disminuirá, se calmarán las ambiciones y hallarán expansión tranquila los excesos de fuerza individual.

Para los artistas, Exposiciones permanentes; que todos lleguen á exponer fuera de concurso. De esta manera las medianías harán un alto en sus pretensiones y decrecerá la producción, con beneficio para el arte.

En el comercio de la vida, simplificación de necesidades. Lin los grandes banquetes, cuatro platos, los vinos á la mano de cada cual, y que los convidados se levanten cuando quieran. ¿Los discursos? Prohibidos en absoluto. Con un invitado que hable, ya es bastante.

La conversación requiere también su cambio radical. Buenos días. Buenas noches. ¿Para qué gastar más tiempo ni más frases? Uno no cree palabra de lo que el otro dice, y viceversa, y nadie quiere pasar por engañado.

Hace algún tiempo, un joven autor dramático me consultó sobre una obra modernista, de la cual era autor.

Leí. Era Ibsen puro. Y pensé:—He aquí un joven que ve el mundo por los ojos de un sexagenario.

Todo el modernismo está explicado en esa contradicción.

Augusto STRINDBERG

En el convento de María Reparadora perpetra don Ramón Plaza pláticas doctrinales para tenoritas.

Repito lo que en otro lugar digo: ¿Sus padres, sus hermanos y sus novios lo consienten?

Pues siga el jolgorio. ¿O voy á cometer yo la tontería de indignarme, por las razones que el Corregidor de Almagro?

En el convento de María Reparadora perpetra don Ramón Plaza pláticas doctrinales para tenoritas.

Repito lo que en otro lugar digo: ¿Sus padres, sus hermanos y sus novios lo consienten?

Pues siga el jolgorio. ¿O voy á cometer yo la tontería de indignarme, por las razones que el Corregidor de Almagro?

En el convento de María Reparadora perpetra don Ramón Plaza pláticas doctrinales para tenoritas.

Repito lo que en otro lugar digo: ¿Sus padres, sus hermanos y sus novios lo consienten?

Pues siga el jolgorio. ¿O voy á cometer yo la tontería de indignarme, por las razones que el Corregidor de Almagro?

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

El punto de vista...

Tengo derecho á exigir á usted una indemnización.

Y yo á pedirle el importe de los daños y perjuicios.

Jueces hay para dirimir las cuestiones... ¡Pleiteemos, señor inquilino!

¡Pleiteemos, señor casero! A mí no me asustan los jueces ni usted.

Era inútil hablar más. Cogí mi sombrero y mi bastón y me fui á casa de un abogado de quien había oído hacer grandes elogios. En pocas palabras le enteré del asunto.

¡Vaya, vaya!—me dijo con tono indiferente;—causa compleja, cuyos múltiples aspectos ofrecen á la discusión problemas espinosos. El art. 22 podría ser aplicable á su derecho... pero nos encontramos con el art. 163 en relación con el 411. Bien es verdad que el capítulo de los arriendos, párrafo 7.º, y el título de las obligaciones locativas, párrafo 9.º...

¡Vaya, vaya! En fin, caballero: mi informe, que redactaré si usted así lo desea, contendrá todos los antecedentes precisos para evidenciar que puede usted salir triunfante en el pleito... salvo el caso de que los incidentes que sobrevinieran durante su curso fueran resueltos en favor de la parte contraria... Porque la verdad es que la cuestión se presta á distintas interpretaciones. Nada más tengo que decirle.

Esta luminosa opinión me costó veinte pesetas; y como no quedé satisfecho, ni aun enterado, inmediatamente me dirigí á casa de otro juriscónsulto.

¡Diablo!—me dijo éste con lúgubre entonación;—la causa de usted es de las que no pueden sostenerse con esperanzas de éxito. Sobre casos idénticos ó parecidos al de que se trata, han escrito cuarenta y tres letrados eminentes otros tantos comentarios que leeré á usted sino tiene mucha prisa. Recuerdo también, á propósito de lo mismo, algunos textos antiguos y modernos: *De jure locativo*... *Glossarium juris domesticide*. Memoria sobre la propiedad de bienes inmuebles.

De modo—interrumpí,—que usted cree que mis pretensiones son...

¡Insostenibles, amigo mío, insostenibles... El mismo Código de Justiniano dice que...

No le dejé terminar; pagué el importe de la consulta, dos duros, y marché en busca de un nuevo abogado, que se expresó en estos términos:

—¿Y eso le preocupa á usted? Puede usted tranquilizarse, porque está de su parte la razón. ¡Oh! esos propietarios... Recuerdo una anécdota de Voltaire...

—La conozco—exclamé.—También conocerá usted, seguramente, una ingeniosa salida de Pirón... ¿Ha leído usted por casualidad la canción de Desaugier contra los caseros?

—Sí, señor, sí; con que decía usted que el asunto...

—Ganado por usted irremisiblemente. Puede usted esperar tranquilo el desenlace, que yo activaré todo lo posible. La razón siempre es la razón. Recuerdo una comedia inspiradísima que se apoya mucho en esa tesis...

Con permiso de usted voy á retirarme, porque un importante negocio reclama mi presencia en otro sitio. Quedamos en que usted defenderá mis derechos.

¡Oh, sí, señor!, con mucho gusto. Nos despedimos y salí. Estaba metido en las redes de un pleito, y esta idea me prosopaba bastante.

Me sentía inquieto, desasosegado cada vez que la curia me enviaba una paleta de citación, lo cual ocurría muy frecuentemente. En idas y venidas perdía un tiempo precioso que necesitaba para mis ocupaciones.

Llegó un día en que comencé á pensar en el desgraciado asunto por tarde, noche y mañana. Todos mis esfuerzos para olvidarlo eran inútiles. Tuve sueños horribles: en uno de ellos me vi sentenciado á muerte, y desperté en el momento en que se verificaba la ejecución.

Al fin se celebró la vista del pleito. Mi corazón latía con injusta violencia cuando entré en la sala. El presidente concedió la palabra al abogado de mi contrainte. Me preparé á sufrir el bárbaro suplicio. Oí una voz enfática que decía:

—Señores de la Sala. No se trata aquí únicamente de una cuestión de personas; hay algo más importante que esto; hay una cuestión de principios fundamentales del bienestar social. Desde hace tiempo la propiedad viene sufriendo pérdidas y repetidos ataques de los que pretenden destruir esa sólida base de los adelantos morales y materiales de una nación. En el hecho motivo de este pleito, concurren circunstancias demostrativas de un acto realizado contra la propiedad ajena. Aunque me cause disgusto hacer imputaciones de cierta clase, he de contestar afirmativamente á esta pregunta. El inquilino de la habitación, con intenciones aviesas, colocaba en la terraza grandes macetas de flores. A causa del peso y del agua que caía sobre el suelo, cuando las regaba, comenzó éste á resentirse y acabó por dejar el paso franco á la lluvia. ¿Cómo ha de ser responsable el propietario de la finca de los desperfectos ocasionados por el agua? ¡Oh, señores! No necesito esforzarme para llevar al ánimo del distinguido tribunal el convencimiento de que la razón asiste á mi patrocinado y de que las pretensiones de la parte contraria, á más de ser absurdas, merecen el calificativo de imprudentes. Es una gran imprudencia que el autor de un daño reclame perjuicios al que lo ha sufrido. Los malos instintos engendrados al calor de las ideas disolventes, conducen á extremos lamentables y dan lugar á hechos que reprobaba toda conciencia honrada. Agradezco nuestro adversario que no queremos deludir la responsabilidad criminal que podíamos exigirle si nos propusieramos averiguar sus antecedentes. Después de esto, sólo me resta pedir á la Sala que condene al demandante al pago de las reparaciones que ha habido necesidad de hacer en la finca y al de una indemnización por los trastornos que ha ocasionado su demanda á mi defendido.

Calló el abogado del casero y usó el mío de la palabra en los términos siguientes:

—En verdad, señores, que con mucho gusto daría rienda suelta á mi hilaridad prorumpiendo en estrepitosas carcajadas, si no me lo impidiera el respeto que debo al sitio en que nos encontramos. ¡Mi cliente un hombre peligroso! ¡un maquinador perverso! ¡un astuto destructor de la propiedad!... Basta mirarle para comprender que se le calumnia. Su cara es el espejo de sus sentimientos bondadosos. Es un hombre honrado que siempre se ha dejado engañar por cuantos han querido engañarle. Fundándose en lo que acabó de exponer, pido á la Sala que ampare con su nunca desmentida rectitud mis justas pretensiones.

La Audiencia nos condenó al propietario y á mí; él tenía que abonarme una cantidad y yo á él otra; las costas habíamos de pagarlas por partes iguales.

—Espero que no se conformará usted, me dijo mi abogado al darme la noticia.—Entablaremos la apelación; todo se reduce á esperar unos cuantos meses y á desembolsar más dinero, que luego

se recuperará, porque ha de ser nuestra la victoria.

Yo le escuchaba con asombro. Al cabo de un rato contesté:

—De modo que por el gusto de ser defendido nuevamente tendré que estar otro año intranquilo, sobresaltado, sin ganas de comer ni de dormir, andando de la ceca á la moca, perdiendo el tiempo en diligencias judiciales... Y luego, ¿para qué? Para que un abogado me califique de criminal y otro de tonto, y para que una nueva sentencia me deje en la misma situación en que ahora estoy... ¡Muchas gracias! En mi vida volveré á recurrir á los tribunales!

He cumplido mi palabra, y aconsejo á ustedes que me imiten si quieren conservar su tranquilidad, su calma y su dinero.

PIERRE VERÓN

La misa de tropa

Hemos convenido en que todos los soldados españoles tienen que ser católicos, ó, por lo menos, parecerlo.

Velis nolis se les obliga á confesar una vez al año, á visitar las iglesias por Semana Santa, y á oír misa los días festivos, sin perjuicio de llevarlos á las procesiones como figuras decorativas.

Pues bien; eso de obligar á oír misa á quien, como la mayoría de nuestro ejército, no tiene nada de devoto, además de ser una terrible coacción de conciencia, es un espectáculo eminentemente ridículo.

En todas partes, pero especialmente en las poblaciones pequeñas, la misa á que asiste la guarnición se toma, más que como acto religioso, como espectáculo de recreo.

Al soldado, que sólo debiera destinarse á la defensa de la patria, se le envía á la iglesia para divertir al público.

Para divertirse, sí; porque muchas personas que no frecuentan los templos generalmente, no pierden ni una de las llamadas misas de tropa. Y es natural. ¡Hay tantos aficionados á la música gratuita!

Tienen además esas misas el inconveniente de que distraen la devoción de las beatas más fervorosas. En cuanto entra el batallón en una iglesia, ya empieza el cuchicheo de las más conspicuas.

—Mire usted, doña Eduvigis—dice una devota veterana á otra de su fecho y de su fachá;—¿ve usted aquel teniente rubio? Pues es el vivo retrato de un novio que tuve yo allá por el año cuarenta. ¡Arrogante mozo! ¡Si usted lo hubiera visto!

—Para buen mozo eso cabo de gastadores.

—Pero es un poco bizco.

—El que sería guapo de verdad es aquel comandante, si no tuviese la nariz tan dificultosa.

—Ya, ya; se parece á la del padre Nicolás.

—Y á la de un huésped que tuve yo, estudiante de veterinaria, que me hizo el amor y se marchó debiéndome treinta duros.

—Señoras, ¿quieren ustedes callarse, que están alzando al Señor? ¿No oyen ustedes la Marcha real?

campean, como reclamo anunciador, santos y cruces, tiaras, mitras y báculos. Sirviéndoles de atractiva vitola las cosas del cielo, no haya temor a que, en un mundo de hipocritas y beatos, naufraguen las empresas frías, ni se hundan en el proceloso mar de la libre concurrencia. Ellos triunfarán siempre.

Jamás los frailes se han visto en la necesidad de paralizar sus industrias por falta de salida, porque cuando se vive en una sociedad de ignorantes y fanáticos, el triunfo, naturalmente, es de los clericales.

Los frailes tienen una clientela lucidísima que compra todo cuanto quieren venderle y lo paga al precio que se les antoja a sus reverencias...

Las placas del Corazón de Jesús producen y siguen produciendo bastante; pero los explotadores de la frailetería católica, que nunca se hartan de chupar, viendo que en Cataluña priva ahora eso de adquirir sellos, dijéronse para sus hábitos: *hagamos competencia a los sellos revisionistas y a los catalanistas*; y con tan piadoso fin, pusieron a la venta en Barcelona sus sellos religiosos toscamente grabados y de un gusto celestialmente detestable...

Como lo que buscan estos explotadores sacrilegos de placas y sellos religiosos, es sacarle todo el jugo posible al negocio, no se han conformado con hacer una tirada más o menos numerosa de sellos celestiales, sino que se proponen dedicar a cada mes del año un sello religioso especial, además, naturalmente, de uno que dedican particularmente al corazón de Jesús y en el que se lee: «Comnigo vencerás».

El sello religioso correspondiente al mes de Enero del año actual, está dedicado al niño Jesús, y el del mes de Febrero a la concepción de la Virgen. Y así, sucesivamente, irán explotando el negocio, poniendo en solfa la seriedad del catolicismo, por agenciándose, en cambio, algunos cuarteos con que aumentar el numerario activo...

Para esta gente sacrilega, impía, irreligiosa, raza de mercaderes sin conciencia que comercia con todo y que se nutre explotando la crasa ignorancia de los pueblos inferiores y la carne muerta de los cemeuterios, para los que rezan por dinero, para los sacerdotes profesionales con sueldos y tarifas de emolumentos, no existe, ni era posible que existiera cosa alguna digna de respeto. Ensalzan a Jesús, proclamanlo divino, conviértienlo en Dios, y sin respeto a la divinidad por ellos proclamada y venerada, hacen del divino maestro, del sublime crucificado, objeto de todo comercio infame y de toda especulación impía...

Explotar a Jesús vendiendo su effigie de redención toscamente grabada en placas inmorales y sellos grotescos, es un sacrilegio tan grande, supone una profanación tan inusitada como jamás se le hubo de ocurrir a los avariciosos sacerdotes de culto alguno...

Que sigan por ese camino, que no cejen en sus miserables profanaciones, y así llegaremos pronto, muy pronto, al final desolado.

Los católicos profesionales trabajan sin saberlo por nuestra causa, y esto tendremos que agradecerles cuando llegue la hora de liquidar...

DONATO LUBEN

El Banco de España crece en su crédito.

El digno Gobernador que lo rige quiere decirnos el porqué entregó al señor Juan Orea, Lectoral de la catedral de Cuenca, la cantidad de 809-10 céntimos en el mes de Abril del año 1892, cuyas pesetas corresponden a las escuelas públicas de la ciudad de Cuenca que fundó don Antonio Montalvo Alarcón, dejando por Patronos el cabildo de curas y no al cabildo catedral?

Ya sabremos entre quienes se repartieron esas pesetillas, porque en las escuelas hasta la fecha no ingresaron.

RIFFEÑOS CATÓLICOS

El vapor francés *Galatz*, de 1.200 toneladas, embarrancó hace algunos en la escollera del cabo de Gata, provincia de Almería, costa de la muy católica y muy romana nación española.

A cualquier vapor arrastrado por el temporal puede ocurrirle lo mismo que a *Galatz*, sin que esto aumente el interés dramático del naufragio; pero al *Galatz* sucedióle en las costas de la muy católica provincia de Almería, cuyos habitantes profesan especial devoción a la santísima Virgen del Mar, lo que no le hubiera sucedido al embarrancar en las costas de la Nueva Zembla, donde, como es sabido, ni los habitantes rezan rosarios, ni queman castillos de artificio en honor de los santos, ni celebran procesiones ni romerías, ni se emborrachan para mayor gloria de las santas, ni usan escapolarios tamaños como moqueros de chiquillos. Bueno; pues en la noche del 13 de Marzo, el *Galatz* se vio sigilosamente rodeado por gran número de lanchas abarrotadas de hombres que, al atracar a los costados del vapor, lo asaltaron con el hacha de abordaje en la mano y el cuchillo entre los dientes. Aquella marca ascendente de hombres ansiosos de botín, saltó las bordas, inundó la cubierta, sorprendió al capitán Mr. Rolland, a 43 tripulantes y dos carabineros que guardaban el buque; rompieron a hachazos las escotillas, destruyeron las puertas de las cámaras, robaron cuanto pudieron cargar en sus lanchas y a tierra con ello. Volvieron con intención de repetir la maniobra, pero la tripulación, repuesta del susto, y los dos carabineros, se defendieron a tiros logrando evitar el segundo abordaje.

Mr. Rolland echa chispas contra España, y dice que su compatriota Alejandro Dumas dijo una verdad morrocotuda al afirmar que el África empieza en los Pirineos; que esta es una tierra de bárbaros beatos y de beatos ladrones. Y lo peor de todo, es que el *franchute* tiene razón.

En muchos poblados o kábilas de esta costa (en una de las cuales por desgracia habito) no se encuentra el maestro, pero se tropieza con el cura; no verá el viajero escuelas, pero sí iglesias y ermitas; no saben los habitantes leer ni escribir, pero saben rezar y ahullar dando vivas al santo; no se asociarán para ningún fin útil, pero gustales pertenecer a cofradías y dar dinero al cura para funciones paganas; no saben qué cosa es cristianismo, pero saben emborracharse en las romerías.

Los riffeños respetan a sus santones, los católicos de la costa española adoran a sus curas; brutos son aquellos, salvajes éstos; aficionados a la piratería unos, se pirran por desbalijar buques otros; fanáticos todos, son víctimas de la superstición que explotadores religiosos de aquende y de allende propagan entre las masas para explotarlas mejor.

Un periódico carcatólico de Almería, santurrón y muy cuco, pide castigos ejemplares para los piratas del cabo de Gata, sin considerar que aquellos brutos son el fruto de la causa que el papelote neo define.

Yo pido escuelas lúicas.

IGNACIO RODRIGUEZ ABARRATEGUI

Roquetas (Almería) Marzo 1900.

VENGA DE AHÍ

¿Era poco lo de dar solemnes conciertos en las iglesias de París a tanto la entrada?

Pues el clero de Tolosa va a amenizar los sermones que se pronuncian en el templo de San Exuperio, con demostraciones prácticas por medio de proyecciones luminosas, ya ensayadas en las cuasernas anteriores.

Nada, que a este paso van a convertir los templos en grandes salones de espectáculos de todas clases.

De lo cual me alegro infinito, porque esto prueba que la cosa anda mal y se apela a toda clase de reclamos para llamar al público.

Enfermedad de la piedra

EN LAS ORDENES RELIGIOSAS

El desarrollo tan grande y rápido, como silencioso, que va tomando en España, de pocos años a la fecha, el trabajo de edificaciones y reparaciones de innumerables conventos, oratorios, hospitales, asilos, colegios y muchos más establecimientos de las corporaciones religiosas de ambos sexos, que invaden, como langosta, a este desgraciado pueblo, es digno de ocupar la atención de los hombres pensadores, en relación con las enseñanzas de la historia y los postulados de la razón.

No es sólo un fenómeno histórico lo que en ese desarrollo debemos notar; hay también un aspecto psicológico muy interesante en ese hecho complejo, en el que invierten muchos millones de pesetas asociaciones de hombres y de mujeres, que hacen votos individuales y colectivos de pobreza y de continencia.

El fenómeno psicológico ha hecho decir, a amigos nuestros de otros países, pensamientos a leonados, publicándose observaciones muy atinadas, con las cuales estamos conformes, y cuya substancia es la siguiente:

Si nos fijamos en las órdenes y asociaciones femeninas, descubriremos un contraste muy curioso, e irritante a la vez. Modestas mujeres y señoras de alta posición social, que hubiesen podido tener un estado feliz en el mundo, renuncian a todos los placeres de la vida, se consagran al servicio de un Dios, y de los desgraciados, atraviesan algunas veces una existencia ruda y penosa, no tienen derecho de propiedad ni sobre el crucifijo que pende de su cintura, y meditan continuamente sobre su divino esposo Jesús, el pobre por excelencia.

Pues estas piadosas mujeres, llenas de abnegación en ciertas circunstancias, entienden como cosa muy natural y ordenada la costumbre de despidir, ó de arrojar a la calle, a la miseria, al porvenir de hambre y deshonra, a pobres niñas que de diez o veinte años, por ejemplo, han trabajado en las casas religiosas de refugio, porque cumplen edades no admisibles, ó porque falta dinero para seguir la obra humana. Es decir, que las beatas mujeres que guardan y acumulan bienes para edificar grandes y sólidos establecimientos y casas, colocadas entre las piedras inertes y las criaturas humanas, se deciden por las piedras...

Los hechos de esa clase son muchos y nos revelan una enfermedad que se convertirá en cáncer para las órdenes religiosas, las cuales no son, en verdad, altruistas; trabajan por bienes ajenos supuestos y acaparan los bienes positivos en provecho propio, hacen infelices las abnegaciones, inutilizan cuantiosos recursos que, bien empleados, socorrerían muchas desgracias y abrirían obras de utilidad, y siguen entregadas al mal de la piedra. Ordenes e instituciones religiosas edifican mucho, y por tal razón, no son edificantes.

Como quiera que el instinto de la propiedad es tan poderoso, y se halla tan profundamente arraigado en el sentimiento, que no se puede destruir, y en los religiosos se

inmola ese instinto en su forma individual, es claro que resurge dominante bajo la forma colectiva, con el incentivo del fanatismo religioso, y se manifiesta en varios aspectos, siendo el principal ese amor exclusivo, apasionado y hasta feroz a las grandes construcciones, a los edificios suntuosos y sólidos, pertenecientes a las comunidades e institutos.

Invocad la caridad de esos religiosos, hombres y mujeres, que disponen de bienes cuantiosos, y de recursos acumulados; veréis que preparan los medios para dar una sopa al pobre y un abrigo al desvalido, y les oiréis decir que sienten no poder hacer más porque tienen muchos gastos y hay muchas obras que contruir...

J. F.

El vicario general de Tortosa volcó un capacho de injurias sobre los liberales en un sermón erupcionado en la iglesia del Seminario.

Hizo bien. Si somos tan, tan... (no recuerdo ahora como se llama la parte del sable en que entra la hoja) obran perfectamente los clericales al escupirnos al rostro.

Sufrir ciertos ultrajes es merecerlos.

En fin, cuando la ley resulta injusta, la ley debe venir en la práctica a dificultar sus efectos. Summum jus summa injuria. La aplicación rigida del derecho escrito podría dar lugar al caso de peregrinas consecuencias. Son los casos de delito, a tenor del Código, cuantos cooperan por un acto sin el cual no se hubiera efectuado. Conforme a esta definición, no el que escribe un artículo denunciado es el autor de un delito de imprenta; lo son también el propietario ó empresa que paga al periodista, el número, los vendedores que lo vocan, el número, los que llevan a domicilio, y sumamente el público que le compra ó paga la edición, y sin cuyo apoyo nunca el tal periódico ecluiría. Esto prueba cuán estricta debe ser la definición de la ley.

Si la definición del Código da una interpretación extensa, el padre de todo delincuente coautor en el delito de su hijo, el cual, de encogido, jamás hubiera delinquido, entendiendo de causa en causa llegaríamos a atribuir todas las culpas a la ley.

La ley que sacó al mundo de la nada, que lo tiene fácil remedio. No hay necesidad de modificar la ley ni de violentarla para su aplicación. Para curar los males de la existencia humana, se entiende, real y efectiva, no la ley de apariencia. Responsabilidad concreta, exigible en cada caso, no la vaga e indefinida, que resulta de la aplicación de un principio general de derecho. Hacer responsable al que es toda la obra de la revolución. Un poder posible, grande ó pequeño, desde el del al del vigilante de consumos, es siempre naturaleza un poder arbitrario. Que a cada inia infundada, equivocada, errónea, desautorizada por la sentencia absolutoria del competente, siga sin demora el pago de la indemnización de los perjuicios irrogados. Ha de ser esa indemnización la que el funcionario de avaricia se haga pagar al Estado en cuyo ciente. Ha de pagarse tanto monta. No se hizo la ley posible es que se cause así a no cabe en la reparación alguna, un perjuicio innegable, y eso a nombre y por órgano a justicia que tiene como lema dar a cada lo que es suyo. En los países civilizados la ordena indemnizar el daño causado por cualquier error judicial. Con mayor motivo debe darse a indemnización aquel error que no ha dado de una equivocación de hecho, de una prueba engañosa, de un falso testimonio, de una apreciación falaz, sino de una apreciación libre y de juicio enteramente personal.

ALFREDO CALDERÓN

A nuestros diputados

En el penón de San Agustín de Valencia están cumpliendo condena unos honrados labradores. de poca entente y mucho corazón (frase de Castroviejo) que se sublevaron excitados ó seducidos por no sé quién.

Proclamaron la República en Catadua, mal armados, se pasearon por la huerta hasta que los dispersó la guardia civil.

No robaron, no mataron, ni siquiera esonaron a un guardia en la escaramuza sostenida con la benemérita, dice el escritor antes citado. Y por un delito de rebelión que casi puede considerarse frustrado, han sufrido nada menos que estas penas: dos años de prisión preventiva, la miseria de sus familias y ahora una severísima condena (el jefe a reclusión perpetua y sus diez ó once compañeros a diez años de presidio).

Los republicanos de la provincia hacen lo que pueden en favor suyo, pero sus pobres familias se mueren de hambre; y como se está trabajando por el indulto, Castroviejo pide a *El Laborador*, *El País*, *Progreso* y *El Morín* que secundemos la idea para recordársela a la minoría republicana, diciendo a este propósito:

«Aquí, donde periódicamente se indulta a verdaderos criminales, es un deber pedir se indulte a hombres honrados.

¿Que delinquieron? Sí; pero su delito fué tan leve, que por esto ha sido tan severamente castigado. En pronunciamientos, levantamientos de partidas, rebeliones y motines, se castiga únicamente al que no triunfa ó al que no hace mucho daño.

Si la rebelión dura un día, a presidio van los rebeldes, si es que no son fusilados en montón como sucedió en la Saleta. Mas si la guerra civil dura años, entonces se reconocen grados y empleos, se paga la sujeción a buen precio y se dan empleos y mercedes a los sometidos.

En una nación en la cual casi todos los generales han ascendido pronunciándose y casi todos los hombres civiles han subido en política conspirando, es injusto cebarse, ser implacables con los que formaron la partida de Catadua.

Hace más palpable la injusticia de esa severidad el recuerdo de los pactos que desde

a Biacnabató han servido para sus hostilidades en nuestras guerras i aún se paga a los convenidos en si con Sanguily y Calisto (García) lo como nadie ignora, no es crucei, humano, tener más tiempo en preñe labeigos, reos de estos dos elitos: la ignorancia y el entusiasmo: ue castigo, premio merecen unos que se alzarón en armas creyendo los españoles tan dignos, tan patrios ellos. Porque la ignorancia de los del levantamiento de Catadua con- creer a España dispuesta a suble- son de protesta contra las vergüen- a guerra con los Estados Unidos.

senor Silvela ha escrito ó dicho no re- do ahora dónde ni en qué ocasión, que te parecía imposible que después de la ca- tástrofe no hubiera sido derribado ni siquie- ra el gobierno que suscribió el tratado de París. Y robustecía su aserto el presidente del Consejo recordando lo sucedido en otras naciones en circunstancias iguales ó pareci- das.

Pues bien; los autores de la botaratada de Catadua (así calificó Sagasta a lo de Sagunto) se asombraron como el señor Silvela de la pasividad del país. Le juzgaron mejor de lo que es; creyeron, como el jefe del gobierno, que después de la catástrofe ocurriría lo que en Francia después de Sedán, é iniciaron un movimiento revolucionario.

¿Puede ahora el presidente del Consejo negar el indulto a los únicos españoles que procedieron de un modo lógico en aquellos momentos?

Creemos que no lo negará; pero hace falta pedirselo, recordárselo, hostigarlo, y a esto es a lo que excito a mis respetables amigos los diputados de la minoría republicana y a mis queridos compañeros los periodistas republicanos.

Como Castroviejo ha agotado los argumentos en que puede basarse la petición de indulto, únicamente me ha dejado el recurso de unir mi voz a la suya, para rogar a los diputados republicanos tomen este asunto con el empeño que es preciso para alcanzar aquí una gracia de esa índole; en la seguridad de que, si lo hacen así, la gracia será concedida, dadas las circunstancias del caso; gracia que ciertamente no alcanzaria la prensa por sí sola, pues en España, para conseguir algo de los gobiernos, hay que ser diputado, ó fraile, ó accionista de una gran empresa.

Síntesis del sermón largado por el Pae Medina en San Juan de Letrán, de Jerez:

«La prensa es la peor de todas las cosas inventadas, porque hace mucho daño.»
«Los periodistas son unos pillos, unos indecentes, unos infames, unos bribones.»
«El pueblo no necesita instrucción, ni le hace falta para nada: no debe haber escuelas ni maestros: las escuelas deben ser los templos y los maestros los frailes.»

Se dirá que ese Padre es bruto, pero no podrá negarse que es franco.

Habla de la prensa como los ladrones hablan de la guardia civil.

CARIDAD CRISTIANA

No pasa día sin que se registre un caso acusador del horrible pauperismo de que adolece nuestro país, especialmente esta capital donde se reúnen los mayores elementos de poder y de fortuna de España.

Aquí donde los poderes públicos y la gente de posición desahogada alardean más que en ninguna parte de estar saturados del espíritu del cristianismo que tanto recomienda la caridad, el amor al prójimo, el desprecio de los bienes terrenales y los actos de piedad, es donde los verdaderos indigentes, los que más ruda y desesperadamente luchan por la existencia, tienen menos amparo, y donde con más frecuencia se repiten los hechos que ponen de relieve lo difícil y penoso de esa lucha y el abandono en que se hallan los que quizás, ateniéndose al espíritu del cristianismo, están destinados con sus lacerias físicas y morales a ser el estímulo que avive los sentimientos caritativos de los poderosos, dándoles así pretexto para que cumplan uno de los deberes que les impone la religión en que dicen comulgar.

Pero no; nuestro católico Estado y nuestras no menos católicas clases pudientes prefieren pagar enormes sumas de millones para el sostenimiento del culto y ministros de una religión cuyo fundador fué enemigo de toda clase de pompas, vanidades y ostentaciones, a remediar la situación precaria y desdichada del prójimo, organizando la vida social en forma que no puedan haber tamañas desigualdades é injusticias como las que supone la existencia de seres humanos que pasan la vida sufriendo hambres y miserias de todas clases, en tanto que otros gozan y triunfan y atesoran lastre que ha de servirles de impedimento para lograr la bienaventuranza que Jesucristo prometió a los pobres al mismo tiempo que decía que es más difícil que un rico entre en el reino de Dios que un camello por el ojo de una aguja.

Pero de estas máximas hacen tanto caso los católicos ricos como de las lluvias de antaño.

Green, sin duda, tanto el Estado como las gentes que se llaman piadosas, que la situa-

ción de los indigentes se alivia sosteniendo de mala manera cuatro asilos inmundos, ó dando dos céntimos a los pobres, la mayor parte bigardos y haraganes, que se sitúan en las puertas de las iglesias, como si la verdadera pobreza, la miseria horrible, la que aniquila el cuerpo y envenena el alma fuera esa desvergonzada y acosa al transeúnte... No; el pauperismo aterrador, el que conmueve é impresiona a toda conciencia recta, el que debiera preocupar al Estado, a los municipios y a las clases pudientes, si no miraran superficialmente este asunto que entraña tanta importancia para la vida y bienestar de los pueblos y para que se cumpla uno de los más justos mandatos de las leyes humanas, el pauperismo a cuyo alivio deberían tender todos los esfuerzos, es aquel de que adolecen las clases que, a causa de esta pésima, injusta é inhumana organización social, se hallan sin elementos de vida, sin medios para obtener por el trabajo los recursos necesarios a su sostenimiento y sufren silenciosamente el hambre, el frío y toda suerte de privaciones en el rincón miserable falta de luz y de oxígeno que se llama hogar doméstico, devorando allí lágrimas amargas, consumiéndose a fuerza de padecimientos físicos y morales y maldiciendo desesperadamente de lo humano y de lo divino, iguales en crueldad y dureza para el desvalido.

Y no es esto declamar. Todos los días, a todas horas pueden observarse en Madrid casos diversos y numerosos de miseria de esa clase. Guardillas destaraladas y cuchitriles inmundos donde agonizan familias enteras; el juzgado de guardia recogiendo el cadáver de un hombre muerto de inanición y de frío en un cuartucho obscuro sobre un montón de virtudes infectas... Estos hechos a diario, los suicidios cotidianos por hambre y otros casos análogos llegan frecuentemente a conocimiento del público porque en ellos suelen intervenir las autoridades, y porque la prensa en sus secciones de noticias, como simple información, les dedica tres ó cuatro líneas.

Pero ¿y lo que ocurre y no se sabe por esas guardillas y sótanos, casas de vecindad y cuartos interiores que tanto abundan en Madrid para escarnio de la higiene? En esas mal llamadas viviendas, la miseria y el hambre se ceban continuamente, no en personas aisladas que dan el espectáculo escandaloso de morirse al aire libre con la mayor desverguenza, sino en familias enteras cuyos individuos van paulatinamente, hoy un chiquillo de pecho raquítico, mañana otro mayorcito clorótico, a los dos meses la muchacha anémica que entró en la pubertad sin tener un glóbulo rojo en su sangre... y así los demás, desapareciendo del mundo de los vivos, conduciéndolos sigilosamente el furgón municipal al último, al único asilo donde el pobre y el desvalido descansa y deja de sufrir para siempre: al hoyo grande del cementerio del Este.

JOSÉ CINTORA

Nocedal, hortería

Habló el mamarracho integrista en el Círculo de la Unión Mercantil, y

Comenzó renegando del parlamentarismo y de todos los partidos políticos, lo mismo monárquicos que republicanos, afirmando que no podrá salvarse España si no se rean dichos partidos.

(Igual que los comerciantes y productores de la Unión Nacional).

Lamentóse del deplorable estado de perturbación social a que nos han conducido los partidos políticos, y dijo que aquí se lleva a la cárcel a los infelices *ratas* por robar un pañuelo, y en cambio se deja pasar impunemente a los que han robado millones.

(No dicen otra cosa los de la Unión. ¡Ah! Nadie pidió la palabra para protestar contra el último concepto).

Aplaudió los propósitos del nuevo partido de Unión Nacional, si bien manifestó que tendria que sostener una lucha encarnizada con los partidos políticos, y que en esa lucha sería derrotado.

(Exactamente lo mismo que sostienen los aspirantes a redentores).

Recomendó al nuevo partido que emprendiera una campaña vigorosa en las elecciones, para llevar al Parlamento los verdaderos representantes del país y no los representantes de los partidos políticos.

(No aspiran los de la Unión a otra cosa).

Manifestó que el primer artículo en el programa del nuevo partido debía ser la justicia, indultando a los que roban por satisfacer la necesidad del hambre y llevando a la cárcel a los ladrones de levita y frac.

(Aquí metió la pata hasta el cuadril la cocotte integrista pintada, y no sé cómo los gremios de ultramarinos, panaderos y pescaderos no pidieron en el acto su cabeza. Valiente porvenir el suyo, el día que las víctimas de sus ventas pudieran sin riesgo apoderarse de lo necesario para saciar su hambre. Adiós orden social, que estriba precisamente en que haya categorías entre los que medran con lo ajeno).

